

# **LAS MISIONES CATÓLICAS**



## **Precios de subscripción**

ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas.  
 EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.

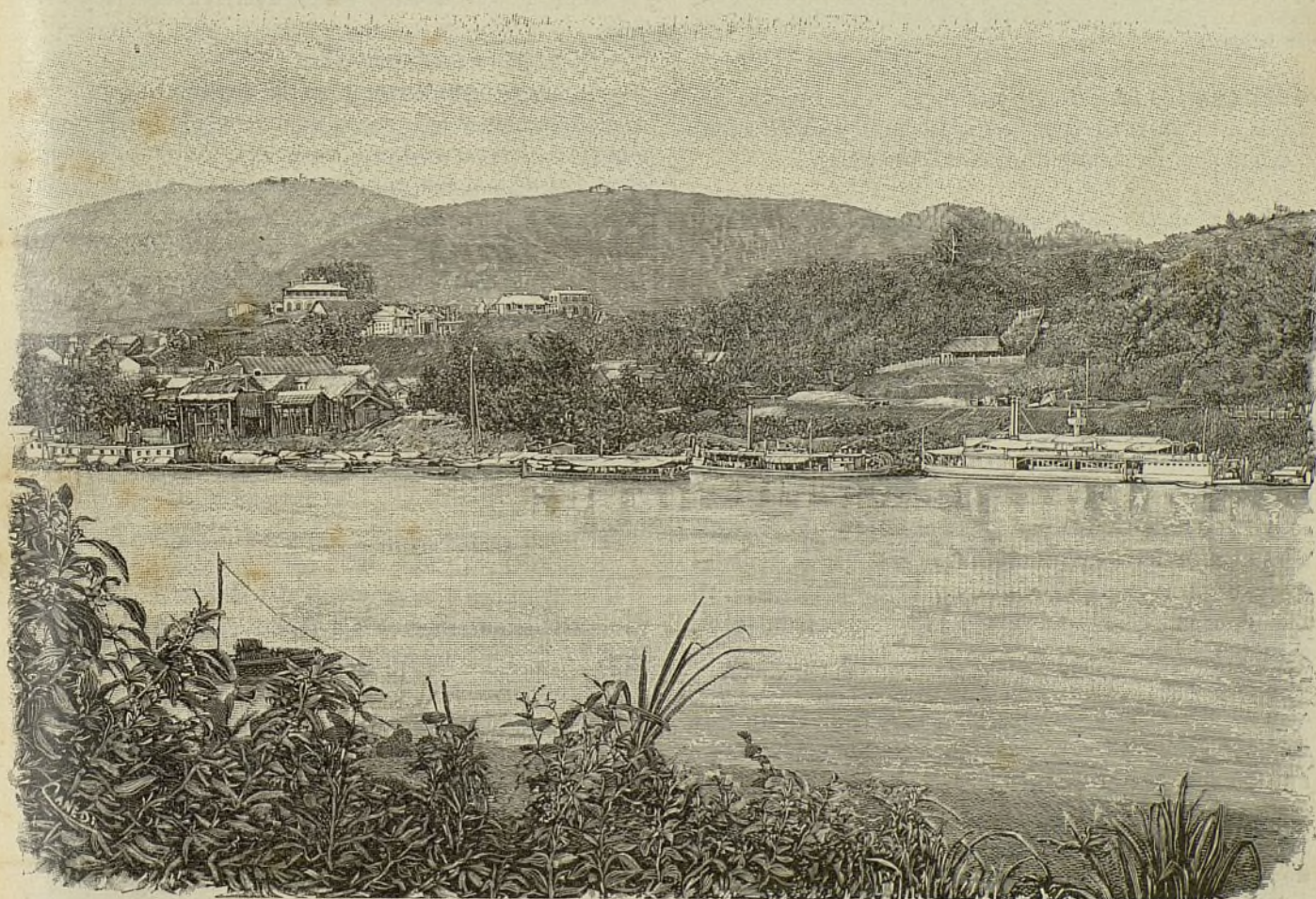
## **Se publica el 15 de cada mes**

Año IX. — Lunes, 15 Julio 1901. — N.º 175

## **Advertencias**

No se admite subscripción por menos de un semestre.  
 El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.

❖❖ REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona ❖❖



ALTO TONKIN.—VISTA DE LAO-TAY, POBLACIÓN EDIFICADA Á LA ORILLA IZQUIERDA DEL RÍO ROJO, EN LA FRONTERA DEL YUN-NAN

Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod, de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 156)



## SUMARIO

**Texto.**—CORRESPONDENCIA: Los Mártires de la Mandchuria.—La persecución en Abisinia.—Semensien (Hu-nan Septentrional).—JAPÓN HISTÓRICO Y ARTÍSTICO (Kamakura y Nikko): Ruinas y mausoleos (continuación).—MISIONEROS.—DIEZ AÑOS EN EL ALTO TONKÍN.—SIETE AÑOS ENTRE LOS ZULÚS (continuación).—EL SEPULCRO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN EN JERUSALÉN.—CRÓNICA: Méjico, Chile, Alto Congo, Nyassa, Kabília, Algeria.—VARIÉDADES: La leprosa (balada).—SUSCRIPCIÓN EN FAVOR DE LA «OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.»—BARTEK EL VICTORIOSO, cap. VI, novela, por Enrique Sienkiewicz.

**Grabados.**—ALTO TONKÍN: Vista de Lao-Tay.—Entrada principal de la residencia de Hung-Hoa.—JAPÓN: Puerta y vista parcial del templo de Iyeyasu en Nikko.—Nikko: Espejo en el templo de Iyeyasu.—Nikko: Puerta china.—Nikko: Interior del templo de Iyeyasu.—ZULULANDIA (*Africa Meridional*): Paisaje á orillas del río Unzini.—Interior de la choza de un jefe indígena.—Ilustración de la novela *Bartek el Victorioso*.

CON LICENCIA ECLESIASTICA

## CORRESPONDENCIA

## LOS MÁRTIRES DE LA MANDCHURIA

Los PP. Roubin y Delpal diriγιéronse en Noviembre del pasado 1899 de Shanghai á la Mandchuria Septentrional por la *via* Nagasaki-Vladivostok-Khabarowek, para ver de reunir el mayor número posible de detalles concernientes al martirio de los PP. Souvignet, Leray, Georjón y Tchang, y á las pérdidas de la Misión. La conmovedora carta que han remitido al Ilmo. Labouyer dice así:

CARTA QUE LOS PP. ROUBIN Y DELPAL HAN ESCRITO AL ILMO. LABOUYER, OBISPO DE RAPHAEL, VICARIO APOSTÓLICO DE LA MANDCHURIA SEPTENTRIONAL.

## I.—MARTIRIO DEL SACERDOTE INDÍGENA PEDRO TCHANG

El camino que debemos seguir para el cumplimiento de la misión que nos ha sido confiada está rodeado y sembrado de ruinas, cubierto de sangre y jaloneado, podríamos decir, de tristes pero gloriosos recuerdos.

Llegamos á Pin-tcheou, cristiandad dirigida hasta fecha reciente por el P. Pedro Tchang. La iglesia sigue en pie, pero los soldados después de saquearla la convirtieron en cuartel, que siguen habitando. La generalidad de las familias cristianas han sido despojadas de cuanto poseían, y sólo huyendo lograron salvarse. El sacerdote indígena salió sano y salvo del mandarinato, gracias á la verdadera y eficaz protección que les prestara el sub prefecto Tchou, y pasó la fiesta de la Asunción en una cristiandad de las montañas. Desoyendo las súplicas de los cristianos que deseaban continuase entre ellos, partió dirigiéndose á Petuna. Llegado á los alrededores de Kin-tsae-t'uoise, adelantóse el doméstico que le acompañaba para buscar un albergue donde pasar la noche. El Padre quedó solo, saltó de caballo y lo abrevó en el pozo de la vecina casa de campo. El dueño de la casa sale y le saluda: es un pagano llamado Sin-Tchen, á quien el P. Tchang había salvado de la ruina y la miseria. De súbito pregunta al viajero:

—Pero... ¿sois acaso el P. Pedro?

Desconcertado el Padre, vuelve la cabeza fingiendo no haber entendido.

El pagano repite la pregunta: el Padre con voz segura responde:

—Sí, yo soy, ¿qué quieres?

—Desearte feliz viaje, contesta el páfido, que éntrase luego en su casa.

El P. Tchang continuó á pie el camino, pero apenas había avanzado treinta pasos cuando fué detenido y atado. Los cristianos se enteraron del suceso y ofrecieron en rescate dos mil *ligaduras*. Sin-Tchen aceptaba el negocio, pero intervinieron otros paganos, y obligaron al Padre á comparecer ante el mandarín. Atemorizado el ingrato traidor, entregó á su antiguo bienhechor, que fué conducido á Petuna.

El mandarín lo interrogó.

—¿Habitaste en estos lugares? le preguntó el alto funcionario. ¿Has propagado entre el pueblo las supersticiones de los bárbaros del Occidente? ¿Has intervenido en asuntos religiosos? etc., etc.

A estas y á parecidas preguntas el valiente confesor de la fe contestó afirmativamente. El mandarín preguntó:

—¿De dónde eres?

—De Cha-ling.

—¿Dónde aprendiste las *diabluras europeas*?

—Jamás he aprendido diabluras: he estudiado largos años la verdadera y santa doctrina del Dios del cielo.

—¿Eres jefe de cristianos?

—Sí, tengo este honor y no lo oculto. Soy jefe de cristianos: cien y mil veces he exhortado á mis compañeros á abrazar la única verdadera Religión. Ignoro las ciencias humanas, pero en materias religiosas puedo enseñaros mucho. Esto es cuanto debía deciros: vea el mandarín lo que debe hacer: yo estoy pronto.

Terminó el interrogatorio; el Padre fué encarcelado, y sin otra sentencia, al siguiente día le cortaron la cabeza. No hemos logrado saber si el mártir fué torturado. Su doméstico fué á Petuna en busca del cuerpo del Padre; pero no logró encontrarlo ni saber su paradero. Lo más probable parece ser que los preciosos restos del sacerdote indígena fueron echados al río.

## II.—EN PA-IEN-SU-SU.—INCENDIO.—SACRILEGIO

Nos dirigimos á la provincia del Hei-lung-Kiang. El 13 de Noviembre llegamos á Pa-ien-su-su. Al igual que en Leao-tien-tse los cristianos acudieron presurosos á saludarnos. Estos valientes eran felices al vernos. Olvidaban explicarnos sus desgracias y largos padecimientos para enterarse de cómo habíamos burlado la persecución de nuestros enemigos. El caso fué como sigue:

Por especial permisión de la Providencia divina al iniciarse la persecución el mandarín civil y el mandarín militar de Pa-ien-su-su tenían opinión diametralmente opuesta respecto á la suerte que debían reservarnos.

Uno deseaba nuestra muerte; el otro quería salvarnos á toda costa. Estas divergencias y las rozamientos



efecto de las mismas nos dieron el tiempo necesario para ponernos á salvo. Acabábamos de abandonar la ciudad cuando delirante turba invadió residencia é iglesia para robar é incendiar. El doméstico del P. Monnier, solo é impotente para resistir á la multitud que asaltaba, corre á anunciarlo al prefecto. Este magistrado envió sin pérdida de momento numerosos soldados, con órdenes severas de reprimir cualquier desorden y sellar la puerta principal de nuestra casa.

Poco duró la calma: llegaron los edictos de Pekín y Tsi-tsi-kar, ordenando á todos los mandarines la destrucción de los edificios contruidos por los europeos, y la muerte de los extranjeros. A los cristianos, apiándose de su *desgracia*, les permitían optar entre la muerte ó la apostasía. Fijáronse los edictos en todas las ciudades de la provincia. El mandarín civil de Pai-en-su-su fué el único que se negó á publicar en el territorio de su jurisdicción, aquellos edictos que excitaban al pueblo á revueltas y crímenes.

Guiado por sus humanitarios sentimientos aconsejó á los neófitos colocasen *temporalmente* sobre la puerta de su casa los «Menchen» (imágenes del dios guardián de las habitaciones), creyendo que podían hacerlo sin faltar á sus deberes religiosos. Entre los 3,000 cristianos que en esta región se cuentan ni uno solo quiso colocar el supersticioso emblema. La mayor parte, temiendo ser torturados, huyeron abandonando cuanto poseían para conservar el tesoro de su fe.

Mientras los cristianos de Pai-en-su-su se dispersaban, los soldados chinos encargados de cerrar el paso al ejército ruso en Siao-che tuo heu cruzaban la ciudad. Un día entraron en la residencia del P. Monnier y la saquearon. Impotente el mandarín para mantener el orden é impedir el saqueo, limitóse á ordenar que no incendiaran los edificios. Los muebles fueron hechos astillas, los soldados arrancaron puertas y ventanas. Rompieron las cruces, robaron las campanas, y destruyeron la hermosa puerta principal. En el templo violaron el sepulcro del Ilmo. Raguit: los soldados levantaron la pesada losa y destruyeron el féretro: el cuerpo del Prelado hallábase en estado de perfecta conservación. Aquellos salvajes, sacrílegos é infames, se complacieron pisoteando los restos mortales del ilustrísimo de Trajanópolis y de acribillarlos á lanzadas. Satisfecha su rabia insensata, echaron el cadáver en la fosa, sobre él piedras y ladrillos, y luego colocaron en el lugar correspondiente la losa que cubre el sepulcro.

¿Deberemos relatar la comedia que á continuación realizaron estos miserables? Jóvenes y mujeres revestidos de casullas, albas, sobrepellices y estolas recorrieron las calles invitando á cristianos y paganos que fuesen al templo á oír Misa. Otros paseaban crucifijos, estatuas ó imágenes de Santos, profiriendo impías palabras hasta agotar su asqueroso repertorio de maldiciones inmundas. Una mujer envilecida, sentada sobre el altar, presidía el pillaje y vomitaba las más horribles blasfemias y groseras calumnias contra nuestra Religión sacrosanta, contra misioneros y cristianos. Al verla y al oírla dijérase que había salido de su tumba la famosa prostituta que cuando la Revolución francesa blasfemaba desde el púlpito de *Notre-Dame* de París.

### III.—MARTIRIO DEL P. SOUVIGNET, NACIDO EN LA DIÓCESIS DE PUY

Abandonando con horror tantas abominaciones, nos dirigimos á Hou-lan, donde nos esperan recuerdos quizás más terribles, pero menos repugnantes. De la muerte gloriosa del P. Souvignet nos hizo un cristiano la siguiente relación. El día 30 de Julio, en conformidad con las primeras noticias, voló al cielo el alma del que fué nuestro hermano en Religión. Hacía varios días que el Leou-lao-se y el Ma suplicaban al Padre que huyera. Parece ser que el Leou permaneció largas horas de rodillas á los piés del Padre, rogándole con lágrimas que abandonara la ciudad: un pescador cristiano le ofreció repetidas veces la barca para huir, aprovechando la oscuridad de la noche; pero el misionero se mostró inflexible. A las súplicas contestaba:

—Cuando vine á Hou-lan sabía que debía morir.

Una carta que al llegar me entregaron los neófitos prueba que el misionero anhelaba dar su vida por el rebaño naciente. La carta es como sigue:

«Hou-lan, 20 Julio 1900.

«Queridísimo amigo:

«Yo no abandono mi sitio. ¡A la buena de Dios y venga lo que viniera! Mi partida sería la señal de la destrucción de Hou-lan. Además, durante las actuales circunstancias no puedo abandonar el colegio de Heu-si (al Oeste del río). Aquí recibo fácilmente noticias que no llegan á otras poblaciones. Dicen que mañana ó pasado atacarán la residencia. Rogad por mí, y mil afectuosos recuerdos á todos los Religiosos.

«SOUVIGNET.»

Cuanto de valor poseía lo entregó á dos fieles cristianos, á los cuales mandó abandonasen la ciudad: quedó solo en la residencia, sólo excepto durante la noche, que dos hombres, joven el uno y anciano el otro, venían á acompañarle.

El 30 de Julio un millar de soldados rodearon la residencia é incendiaron las habitaciones más apartadas de la del Padre. Abrieron boquetes en las paredes de la casa, y por las improvisadas troneras enviaban docenas de balas al interior de la habitación. El misionero, obligado á salir de su aposento, se refugió en vecino bosque. Visto por los soldados, lanzaron contra él una lluvia de balas. Dícese que Ting-ta-jen, furioso al ver la torpeza de sus tropas, cogió un fusil y disparó contra el Padre hiriéndole mortalmente. El mártir alcanzado por dos balas, una en el vientre y otro en el pecho, cayó para no levantarse. Un soldado, empuñando afilada hacha, acercóse á la víctima, que aun respiraba, y le cortó la cabeza.

Quando había ya entregado su alma al divino Hacedor, un policía le abrió el pecho, y, arrancándole el corazón, puso en su lugar el breviario que el valiente atleta de Cristo guardaba escondido en el seno. La cabeza, colocada al extremo de una lanza, fué paseada por las calles de la ciudad, y luego expuesta en la gran pagoda. Dícese que á la siguiente noche un valiente cristiano logró cogerla y la escondió. ¿Quién es este cris-



tiano? ¿dónde huyó con su precioso tesoro? Lo ignoramos. No obstante, esperamos tener la dicha de encontrar reliquia tan valiosa. En la actualidad poseemos los huesos de un brazo y una pierna, que con religioso amor guardaba el catequista Pai-iu-ling.

Un neófito llamado Ouang, antiguo doméstico del Padre, logró también el mismo día la palma del martirio.

De la residencia de Hou-lan sólo quedan ruinas. Las tropas que realizaron estos vandálicos hechos son las del coronel T'isig. Después de su fácil victoria, el guerrero tártaro huyó presuroso al saber que llegaban tropas rusas. Refugiado en Tchao-kia-ouopeng, pereció miserablemente, por justo castigo del cielo, á manos de un cómico en una riña entre *ayunantes* y *boxers*.

Este coronel había dado repetidas muestras de amistad al P. Souvignet, lo cual contribuye á hacer más criminal su conducta. Que no protegiera al misionero se comprendería visto lo grave de las circunstancias; pero que enviase soldados con orden terminante de matarlo, prueba una vez más la confianza que puede tenerse en la amistad de un mandarín pagano.

#### IV.—MARTIRIO DEL P. LERAY, NACIDO EN LA DIÓCESIS DE NANTES

Proseguimos el camino hacia el Norte, y llegamos á Pei-lin-tse, teatro del drama más conmovedor de cuantos se desarrollaron en la parte Norte del río.

El saqueo del oratorio de Chang-ki-tch'ang por la secta de los *ayunantes*, fué en este distrito la señal de la revuelta. Là, maestro de escuela, y cinco cristianos fueron encadenados y víctimas de malos tratamientos: mediante rescate lograron la libertad. El mandarín al frente de los amotinados incendió la capilla.

El incendio iniciado en Chang-ki-tch'ang extendió su maléfica influencia por toda la comarca, dejando sentir sus efectos hasta Yu-tsing-kai, donde el P. Leray tuvo la envidiable suerte de verter su sangre por Dios. El misionero hallábase temporalmente en Pei lin-tse. Al saber que sus cristianos peligran vuela á socorrerlos. Su ardiente celo y amor á las almas le hacen sordo á las observaciones y á las súplicas: se confiesa con el P. Georjón, y acompañado de un neófito dirígese á su residencia habitual.

Llegó el 15 de Julio á las primeras horas de la noche. Su doméstico había escondido los vasos sagrados y cuantos objetos de valor poseía. El Padre mandó fueran sacados del escondite y añadió:

—Hallándome entre vosotros ¿qué habéis de temer?

¿Lo hizo para dar ánimo á sus cristianos, ó se equivocó al juzgar la gravedad de la situación? Dios lo sabe. Al siguiente día, lunes 16 de Julio, el Padre celebró por última vez el santo Sacrificio de la Misa.

El día transcurrió tranquilo. El Padre se paseó por la ciudad sin oír el menor insulto: los paganos evitaban pasar por delante de la residencia. Dicha tranquilidad podía hacer creer que el orden estaba asegurado. Pero la calma era aparente, y la tempestad estaba pronta á desencadenarse.

Al anoecer el P. Leray visitó al mandarín, rogán-

dole mandase quitar los carteles sediciosos, causa de los alarmantes rumores que por la ciudad circulaban. El sub-prefecto recibió al misionero según todas las reglas de la etiqueta china, y le prometió que al siguiente día le enviaría soldados que guardasen la residencia. Los soldados llegaron, sí; pero llegaron mucho antes de lo que el Padre esperaba.

Durante la noche cercaron la residencia aquellos que debían defenderla. Mil «ayunantes» corrieron á sumarse á los soldados. Algunos valientes cristianos que acompañaban al Padre, para defenderlo si fuese menester, intentaron resistir disparando sus armas con tan poco acierto que á nadie hirieron. Favorecidos por la oscuridad los asaltantes avanzan sin sufrir pérdidas sensibles. Juzgando que la resistencia era inútil, el Padre reúne su corto rebaño en la sala que servía de oratorio, y les da la postrera absolución. Al pronunciar las últimas palabras sacramentales, una bala alcanza el pecho del Padre, y el valeroso mártir cae bañado en su propia sangre. Los asesinos se arrojaron sobre él, y vivo aun lo trasladaron al patio tendido sobre un gergón, al que pegaron fuego.

Luego incendiaron la residencia, y las cenizas del mártir fueron dispersadas por el viento. El P. Leray se dirigió á Yu-tsing kai, anhelando ofrecer al Eterno la vida por sus verdugos.

#### V.—MARTIRIO DEL P. GEORJÓN, DE LA DIÓCESIS DE LYÓN

A las primeras horas de la mañana del siguiente día tuvo noticia el P. Georjón de la muerte de su compañero: la primera idea fué dirigirse á Yu-tsing-kai, pero los cristianos le hicieron desistir. Entonces envió al P. Monnier un correo portador del siguiente escrito:

«El P. Leray ha volado al cielo: envíeme al P. Roubin.»

Hallándome aquellos días en Pa-i-en-su-su, el Padre Provincial me encargó contestase al P. Georjón diciéndole que viniese á juntarse con nosotros. Dios permitió que la carta no llegase á su destino: sin embargo, nos consta que el P. Georjón estaba resuelto á no ausentarse de Pei-lin-tse.

El 19 de Julio á primera hora de la tarde un empleado, enviado por el sub-prefecto de la ciudad, visitó al Padre en su residencia y le dió cuenta del decreto imperial del 20 de la sexta luna, que ordenaba la muerte de europeos y cristianos. El delegado puso fin á la visita con las siguientes palabras:

«El mandarín y el Padre han mantenido hasta hoy relaciones de la más sincera amistad. En consecuencia, pues, el *gran hombre* no quiere la muerte de su *fiel amigo*, y me encarga le ruegue abandone la ciudad antes de la publicación del decreto.»

Este hombre pérfido, de cuya buena fe es lícito dudar, había apenas regresado á la residencia del mandarín, cuando el edicto fué fijado en las principales calles de la ciudad. En un abrir y cerrar los ojos, *boxers*, *ayunantes* y empleados civiles acudieron de las cuatro partes de la ciudad y rodearon la residencia. En aquel momento el misionero se hallaba solo, encerrado en su aposento. Al oír los gritos de aquellas turbas sedientas de sangre europea y cristiana, sale, abandona la Casa-



Misión, cruza aprovechándose de la confusión por entre los amotinados, y se refugia en la casa de un cristiano llamado «Pou.»

Creía hallar en ella á los tres jóvenes «Pou» fornidos, valerosos y fieles; pero desgraciadamente estaban ausentes: su abuela era la única guardadora del hogar. El Padre descansó en la casa unos dos minutos, y luego reemprendió la fuga hacia el Sud, viendo que aumentaban las turbas, cuya actitud era cada vez más amenazadora.

Apenas distaba el misionero cincuenta metros de la casa de la familia Pou, cuando un individuo, armado de gruesa barra de hierro, quiso descargársela á la cabeza. Paró el golpe con el brazo, que fué mal herido, y continuó huyendo, corriendo siempre, más de una legua, siempre perseguido por la incesante y ensordecedora gritería de la multitud sedienta de sangre cristiana.

«¡Matad al diablo! ¡Matad al diablo!»

El fugitivo llegó á mísero villorrio, donde un obrero al oír los gritos del populacho, coge un azadón y lo echa traicionablemente contra el Padre en el momento en que cruzaba ante él. El pobre perseguido se esfuerza, á pesar de sus dos heridas, á continuar su vertiginosa carrera, hasta que rendido, agotadas sus fuerzas, éntrase en casa de un pagano gritando:

—Llegan los asesinos, ¿no los rechazaréis? Vedlos.

El dueño de la casa responde:

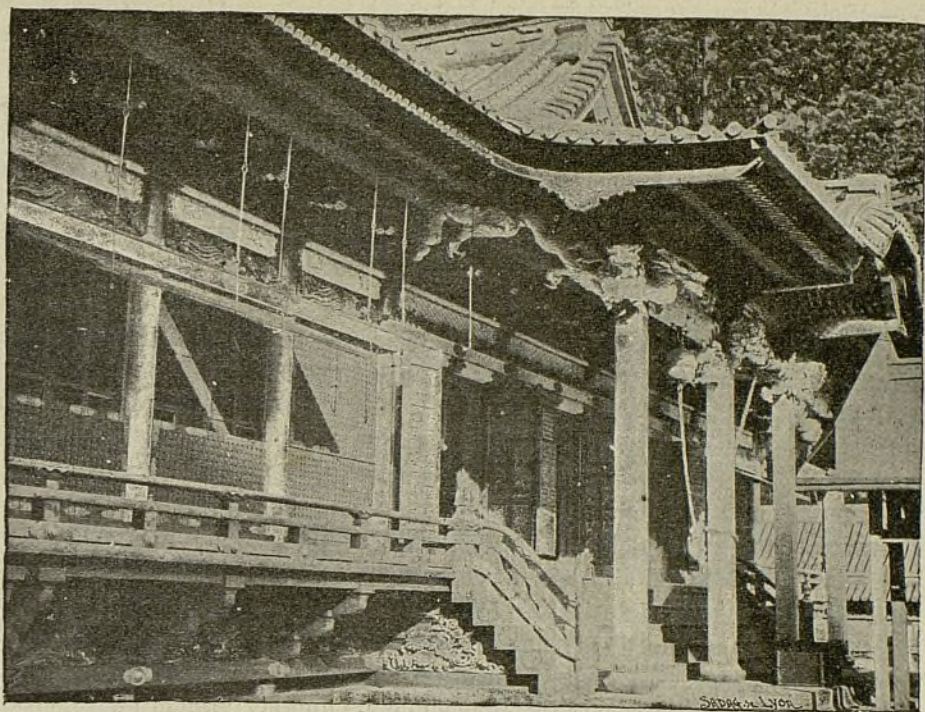
—¡Imposible, no tengo armas!

—Aquí va una, contesta el Padre, sacando de su pecho un revólver pequeño que no quiso dejar en manos de sus enemigos.

El pagano empuña el arma y la descarga contra el misionero, hiriéndole en la mejilla.

La multitud, cansada de correr se dispersaba; pero el pagano, después de herir al misionero, encarnizóse con saña diabólica en su víctima indefensa. Ayudado de numerosos vecinos ató á su prisionero, lo despojó de sotana y demás vestidos, dejándole sólo la camisa y los zapatos. Así vestido lo trasladó á la ciudad. Por el camino los transeúntes se agregaban al siniestro cortejo. Maldiciones las más horribles é inmundas y golpes crueles, dados con saña increíble, llovían sobre el cuerpo del misionero preso; y ni una palabra, ni un grito, ni una queja salió de labios del paciente.

Al morir el día llegaron á la ciudad. Expuesto en casa cercana á su residencia, el Padre fué víctima de ultrajes y tormentos imposibles de ser descritos. Sólo Dios sabe los sufrimientos morales y físicos de su fiel servidor durante la terrible noche del 19 al 20 de Julio. A la mañana siguiente su cuerpo era una llaga:



JAPON.—NIKKO: PUERTA Y VISTA PARCIAL DE LA FACHADA PRINCIPAL DEL TEMPLO DE IYAYASU. (Pág. 151)

era imposible reconocerle, y la sangre fluía abundante de numerosas heridas.

El jefe de aquellos miserables llegóse á ver al Padre, y, añadiendo el sarcasmo á la crueldad, le dijo:

—Vamos, hoy todo convida á dar juntos un paseito por la ciudad.

El mártir comprendió: tras breves momentos de recogimiento, con su brazo mal herido trazó sobre su pecho con piedad y digna calma la señal de la cruz: luego se entregó á manos de sus verdugos. En las calles sarcasmos y golpes sucedíanse sin interrupción, pero el intrépido atleta de Cristo recorrió su calvario con paciencia y valor sobrehumanos.

Llegaron á la gran plaza. Un soldado le mandó arrodillarse. El Padre permaneció inmóvil. Furioso al verse desobedecido, el soldado dióle vigoroso golpe de lanza y lo echó por tierra.

—¿Dónde están los cristianos, las niñas de la escuela y tu dinero? le preguntó el jefe de los bandidos.

—Aquí yo soy el único cristiano, contestó el Padre con sencillez, la escuela se ha dispersado, el dinero se lo llevaron é ignoro su paradero.

—¡Herid! gritó el jefe, y el verdugo de un golpe cortó un brazo.

¡La misma pregunta!... ¡igual respuesta! y cayó el brazo restante. Luego le cortaron las orejas; después separaron la piel de la frente de manera que quedase colgante sobre los ojos: al fin la cabeza rodó por tierra, y el alma del heroico misionero volóse á los brazos de Dios.

Es digno de mencionarse que á pesar de su acerbo y largo padecer el generoso confesor no profirió la menor queja: agitaba sus labios suavemente: elevaba al cielo fervida oración. En sus postreros instantes oyóse claramente que dirigiéndose á los verdugos les decía:



—¡Sois mis hermanos! ¡Sois mis hermanos!

Después de la ejecución pasearon la cabeza del mártir por las principales calles de la ciudad, y los soldados con repugnante crueldad é inconcebible saña devoraron el corazón del mártir. El cadáver fué llevado á la residencia, y quemado junto con la iglesia. Pasado el incendio, desvanecido el humo, los cristianos hallaron algunos huececillos calcinados que se repartieron y guardan como valiosas reliquias.

Estos son los detalles recogidos de labios cristianos referentes al martirio de los Padres hermanos nuestros en Religión.

Si el corazón rebosa alegría más que humana al contemplar el glorioso triunfo de los heroicos mártires que nos complacemos llamando nuestros; los ojos humedecidos por la fuerza del dolor no pueden contener las lágrimas que arranca del alma el espectáculo de las cristiandades arruinadas. Iglesias, oratorios, escuelas, orfanotrofios, residencias, de ello queda apenas un puñado de ceniza. El porvenir es negro, muy negro. Sea como fuere alentamos la esperanza invencible de que la sangre derramada en defensa de la fe caerá, convertida en lluvia benéfica, en rocío salvador, formando caudaloso torrente de bendiciones sin cuento para nuestra joven y queridísima Misión, que, despreciando las graves heridas recibidas, se levanta y parece decir á sus verdugos: *Non moriar, sed vivam.*

### LA PERSECUCIÓN EN ABISINIA

Los graves temores de que habla la carta del P. Grusón publicada en *Las Misiones Católicas* el 15 de Junio, empiezan á trocarse en triste realidad. En carta posterior anuncia que los Lazaristas han sido expulsados del Norte de Abisinia, y que esta Misión á la cual aseguraba feliz porvenir el floreciente Seminario al que concurrían sesenta piadosos alumnos, queda una vez más desierta sin pastores. Los misioneros no han sido muertos; pero perseguidos, despojados de cuanto poseían, privados de toda relación con sus fieles hijos los católicos, se han visto en la imperiosa necesidad de abandonarlos. Se han dirigido á Alejandría, donde esperan órdenes del P. Colbeaux, que gestiona en Roma el establecimiento de la Misión en Adis-Abeba, lugar cercano y en el cual parece gozarán mayor seguridad.

#### CARTA DEL P. GRUSÓN, LAZARISTA

Altiena, 18 de Mayo de 1901.

¡Nos han expulsado! ¡Alabado sea Dios! por El bajamos y por El padecemos. El dedjatch Hagos nos persigue con refinada crueldad é hipocresía: nos dirigimos á Porto Fick, distante pocos kilómetros de Suez.

¡Una plegaria para los perseguidos! Hasta la fecha las apostasías son escasas. Los fieles Irobs prefieren el destierro.

### SEMENSIEEN (HU-NAN SEPTENTRIONAL)

(CHINA)

Desde Semensien escriben al R. P. Tirso López, agustino, la siguiente interesante carta:

19 de Abril de 1901.

Terminaba mi última carta del 23 de Agosto diciéndole: «¡Ojalá pueda yo escribirle pronto otras nuevas más alegres que las de hoy!» Ocho meses han transcu-

rrido desde aquella fecha, y ésta es en la que aun no puedo dárselas tan alegres como son de desear, aunque sí mejores que las de entonces.

Obligado por la santa obediencia, tuve que separarme de mis amados neófitos, como escribí á V. R. en aquella carta; y el mismo Superior tuvo á bien acceder á mis ruegos de volver cuanto antes á verlos y consolarlos, pues la persecución iba ya pasando, y por otra parte, estos sitios de la prefectura de *Litchou* estaban necesitados de misioneros.

El día de mi Santo Patrono (3 de Diciembre) tuve la dicha de llegar sin novedad, gracias á Dios, á *Litchou*, en donde pasé un mes en compañía del ilustrísimo señor Vicario apostólico, ayudándole en el santo ministerio. A principios de Enero fuí á *Ganfú*, mi residencia, en la que estuve otro mes, pasado el cual tuve que venir á *Semensien* para que el P. Mariano (que estaba aquí interinamente) volviera á la de *Sesucitien* á acompañar al P. Lorenzo que estaba solo y algo enfermo.

Y como en *Ganfú* hay aún poco movimiento religioso, acaba de mandarme, hace poco tiempo, el muy reverendo Padre Vicario provincial que resida aquí en *Semensien*, que lo hay mayor, y en donde me tiene V. R. para lo que guste mandarme.

Los Padres que habían quedado en Hankovo cuando vine, llegaron ya á estas tierras á mediados de Marzo; y cada cual ha ido á su respectiva residencia.

Respecto á paz, gracias á Dios, ahora estamos tranquilos; y los «llamados» van viniendo con bastante frecuencia á la admirable luz del santo Evangelio.

En el corriente mes de Abril ha sido publicado un gran edicto amarillo del Emperador, previniendo á sus coetudos súbditos, que no vuelvan á repetir las tragedias de hasta ahora para con la Religión, so pena de incurrir, sin otro aviso, en la pena capital; y además en los sitios en los que el año próximo pasado hubo persecución, suspende los exámenes literarios y militares por espacio de cinco años. Castigo no pequeño, y menos para estos chinos, que tienen sus mayores glorias en sus jerolíficos literarios.

También el gobernador de *Hu-nán* acaba de publicar otro edicto, declarando como los cristianos están dispensados de contribuir á las supersticiones, según los tratados chino-europeos. No está mal que lo publique y que lo recuerde, pues no faltan ignorantes.

Han sido ya decapitados varios mandarines culpables de la persecución pasada, y otros varios lo serán poco á poco, según tengo entendido.

La Corte imperial aun no ha vuelto á Pekín, y las negociaciones de la paz siguen su lento curso. Veremos, Dios mediante, qué resulta de tanta deliberación.

Todavía hay al Norte un gran nubarrón que no sabemos en qué acabará. Me refiero á la actitud demasiado exigente de Rusia, la cual puede traer sobre China muy pronto gravísimos males.

El Señor se compadezca ya de este vasto y miserable Imperio, y oiga las súplicas de tantos miles de víctimas santas sacrificadas hasta hoy por su santo Nombre, y las oraciones de los que con lágrimas le piden misericordia. Y oiga también las de V. R. y las de esos nuestros Padres y Hermanos, compañeros todos en nuestras tribulaciones.



Y además de oraciones, suplico humildemente á V. R. que nos procure también limosnas. Supongo á V. R. bien enterado de nuestras verdaderas necesidades. Dígnese, se lo suplico, ser nuestro abogado ante quienes puedan socorrernos.

No, no serán mal empleadas sus caritativas ofertas; lo serán para mayor gloria de Dios, bien de sus almas y de las de estos pobres chinos; quienes, aunque infieles aún la mayor parte, son hermanos nuestros, que algún día darán en el cielo las más rendidas gracias á todos sus bienhechores.

Acuérdese V. R. de estos sus amados hermanos, que vivimos aislados en estas lejanas tierras infieles, donde no se ven más que ejemplos de perdición, imposibilitados para acelerar muchas conversiones y para hacer obras muy buenas por falta de recursos.

¿Cómo vamos á recoger más niños tirados á la calle, si para los ya recogidos no nos vienen ni siquiera las limosnas necesarias para medio año?

Además estamos sin catequistas, sin templos, sin vestiduras dignas del santísimo Sacrificio del Altar; sin nada de esplendor religioso, tan útil, sino necesario; y más en tierras donde la fe aun no ha arraigado en los corazones.

¿Cómo pensar en abrir nuevos asilos (como deberíamos hacer), cuando no podemos sostener debidamente los ya abiertos?...

Y aun necesitamos más. Para que diga alguien que no somos pobres...

Necesitamos hermanos que vengan á ayudarnos; porque la miés que nos está confiada es mucha, y pocos nosotros; y dos de los que habían venido están enfermos, sin poder trabajar: los PP. Palomino y Anacleto. A los que se sientan animados á venir, no les digo más que: *Hodie si vocem Domini audieritis, nolite obdurare corda vestra*; y muy bien les vendrá para sus almas leer y releer las cartas de mi santo patrono San Francisco Javier, para no hacerse ilusiones.

## JAPÓN HISTÓRICO Y ARTÍSTICO

(KAMAKURA Y NIKKO)

### RUINAS Y MAUSOLEOS

POR EL RDO. D. MIGUEL RIBAUD, DE LA SOCIEDAD DE  
MISIONES EXTRANJERAS DE PARÍS

#### NIKKO

(Continuación)

Pasamos la última puerta y avanzamos por corredor que nos conduce á vasto edificio, rodeado de murallas cubiertas de ornamentación la más rica que imaginarse pueda.

Es el templo donde mora el alma divinizada de Ieyasu, la maravilla de las maravillas, la obra de arte por excelencia entre las incomparables obras de arte que visitamos.

Al entrar, el sol del mediodía con potente luz, á través de la espesa cabellera de los cedros seculares, y

de los valiosos tapices colgados cabe puertas y ventanas, baña la parte inferior del templo, quedando la superior perdida entre las sombras. El hombre al encontrarse entre aquella misteriosa semioscuridad, que parece ideada por los artistas japoneses que construyeron este monumento, la vista necesita descansar, recogerse breves momentos para disfrutar de las bellezas que allí se guardan.

En la espaciosa sala en que acabamos de entrar, sorprenden esteras tejidas formando dibujos extraños y primorosamente bordados en seda. Cubren las paredes á derecha é izquierda grandes telas pintadas por el célebre artista Kano Tanyu; legendarios leones que destacan sobre el oro del fondo: unos descansan, otros luchan enfurecidos, prontas las garras, abiertas las fauces en el paroxismo de su cólera. De los esculpturados frisos, donde se admiran, entre ramas vestidas de hojas, el fénix de brillante plumaje y pavos que orgullosos extienden sus abanicos de pluma, cuelgan cubriendo parcialmente las pinturas murales, artísticos cortinajes y entre ellos largas borlas de seda. Desde el friso á la bóveda sucedense grandes plafones trabajados con igual arte y exquisito gusto: brillan las negras lacas, los filetes de oro y los vivos colores de aquel mundo de cuadrúpedos y aves simbólicas; brillan en la sombra como esmeraldas ó topacios. Más arriba de esta ornamentación que por su esplendidez podemos llamar bizantina, brilla suavemente la bóveda dividida en cuadros, decorados con profusión de lacas negras y oro viejo, con asombrosa minuciosidad que excede en perfección á las hasta ahora admiradas.

El sorprendente conjunto de esculturas, flores, aves, elefantes y tigres; arabescos de color verde ó violado ó rojo ó negro ú oro no cansa, no fatiga la vista ni la cabeza. Produce el efecto de los grandes conjuntos ordenados, armónicos. Para lograr entre variedad tan asombrosa la armonía que sorprende, ha sido menester que los artistas japoneses tuvieran exquisito gusto y privilegiado talento.

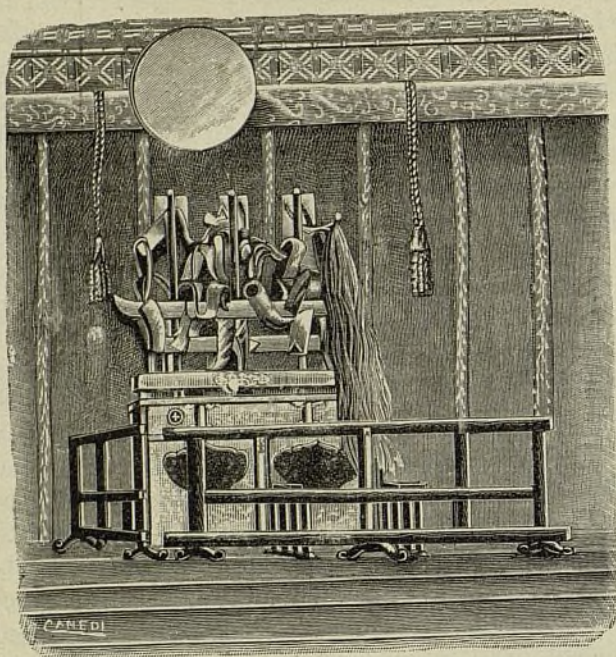
Esta primera sala es conocida con el nombre de *Haiden* (lugar de la oración). Lllaman la atención en la parte superior y rodeando toda la sala, numerosos cuadros que representan célebres personajes vestidos de trajes riquísimos.

En el centro, frente á frente del santuario, se levanta elegante mesa, parecida á un velador, pintada de laca roja, y guarda los *gohei* (1) de oro. Cuelga sobre ella el gran espejo de plata que se encuentra en todos los templos shintoístas. Recuerda la huida de la diosa del sol á una cueva para librarse de la cólera de su hermano, el divino Susa-no-o, y las estratagemas de que se valieron los dioses sumidos en las más densas tinieblas, para hacerla reaparecer sobre la tierra. Además se ven numerosos y ricos tambores, y la campana de que se sirven los *kanushi* durante las ceremonias del culto.

El guía nos introduce en el santuario donde es más escasa la luz y mayor la magnificencia de la ornamen-

(1) Cintas simbólicas suspendidas de un bastón.





JAPON.—NIKKO: ESPEJO «GOHEI» (EX-VOTO) EN EL TEMPLO DE IYEGASU

tación. Cruzamos una salita llamada *ishino-ma*, brillante cual templo de piedras preciosas, y entramos al santuario, en cuyo centro se levanta sobre más alto pavimento, al que dan ascenso doradas escaleras, un podemos llamarle altar de laca negra. Ante él cuelgan lámparas de oro, y jarrones de plata maciza guardan las mejores flores. En el adorno, sueño admirable de imaginación fecunda, se admira la fauna y la flora de un mundo que las tiene riquísimas: este museo de lacas negras, rojas, verdes, brillando suavemente en la oscuridad; los antiguos bronce; las puertas incrustadas de oro; los esbeltos ramos de flores tejidas con preciosos metales; el valiosísimo conjunto de aquellas sorprendentes riquezas, vistas á través de aquella misteriosa semioscuridad tan bien estudiada por los artistas japoneses, y que tanto contribuye á relacionar los colores y armonizar el conjunto, produce en el ánimo impresión profunda, y créese transportado á palacio labrado por manos de hadas.

Escondida y guardada por riquísimas puertas parece existe una estatua de Iyeyasu, la cual rarísimas veces se muestra á los pobres mortales.

(Continuará).

## MISIONEROS

Un joven, á quien amo de todo corazón y que, arrastrado por una vocación irresistible, se propone llegar á ser pronto sacerdote de las Misiones Extranjeras, acaba de dirigirme, al recibir las órdenes mayores y pronunciar el voto supremo, una carta que me ha conmovido mucho. Este piadoso niño—rara vez he encontrado una

alma tan entusiasta y pura—me escribe que dentro de algunos días, en el momento de su místico desposorio, cuando sea extendido, humilde y débil víctima, sobre las losas de la iglesia, él rogará por mí, y me pide en cambio que le consagre un recuerdo en esa hora decisiva de su vida.

Yo no esperaré esa hora para proclamar delante de todos y muy alto, hasta qué punto me parece envidiable mi joven amigo en el ardor y sinceridad de su fe. Pues, aun á los ojos del incrédulo—y cuando pronuncio esta palabra no es de mí, gracias á Dios, de quien hablo,—aun á los ojos del incrédulo, digo, el misionero es admirable.

En efecto, no solamente acepta, en toda su severidad, la regla impuesta á los sacerdotes y Religiosos, sino que además renuncia á su país, á sus padres, á todos los que ama, sin esperanza de volver á verlos jamás.

Se va á vivir para siempre en climas funestos, entre pueblos bárbaros y crueles. Se presenta á ellos solo y sin defensa, no teniendo por escolta más que su Angel de guarda, armado únicamente con el valor y el Evangelio. A esos salvajes que tiemblan de terror en presencia de amenazantes ídolos, habla de un Dios de amor, que quiere ser adorado en espíritu y en verdad. A esos seres gobernados por sus solos apetitos, pretende enseñar la moral cristiana, que doma los malos instintos, é inculcarles virtudes nuevas, de los cuales por otra parte les da ejemplo. El espíritu de guerra y odio es el estado normal de esos desgraciados; el misionero exige que perdonen á sus enemigos y les dice desde luego: «La paz sea con vosotros.» Su primera hazaña es el robo y la rapiña; el misionero les ordena que practiquen la caridad y desprecien los bienes de este mundo. Viven en una promiscuidad casi bestial; el misionero los invita á los castos goces de la familia. Reducen á los vencidos á la esclavitud y trafican con la carne humana; el misionero les declara que todos los hombres son hermanos en Jesucristo, y les manda quebrar las cadenas y los grillos.

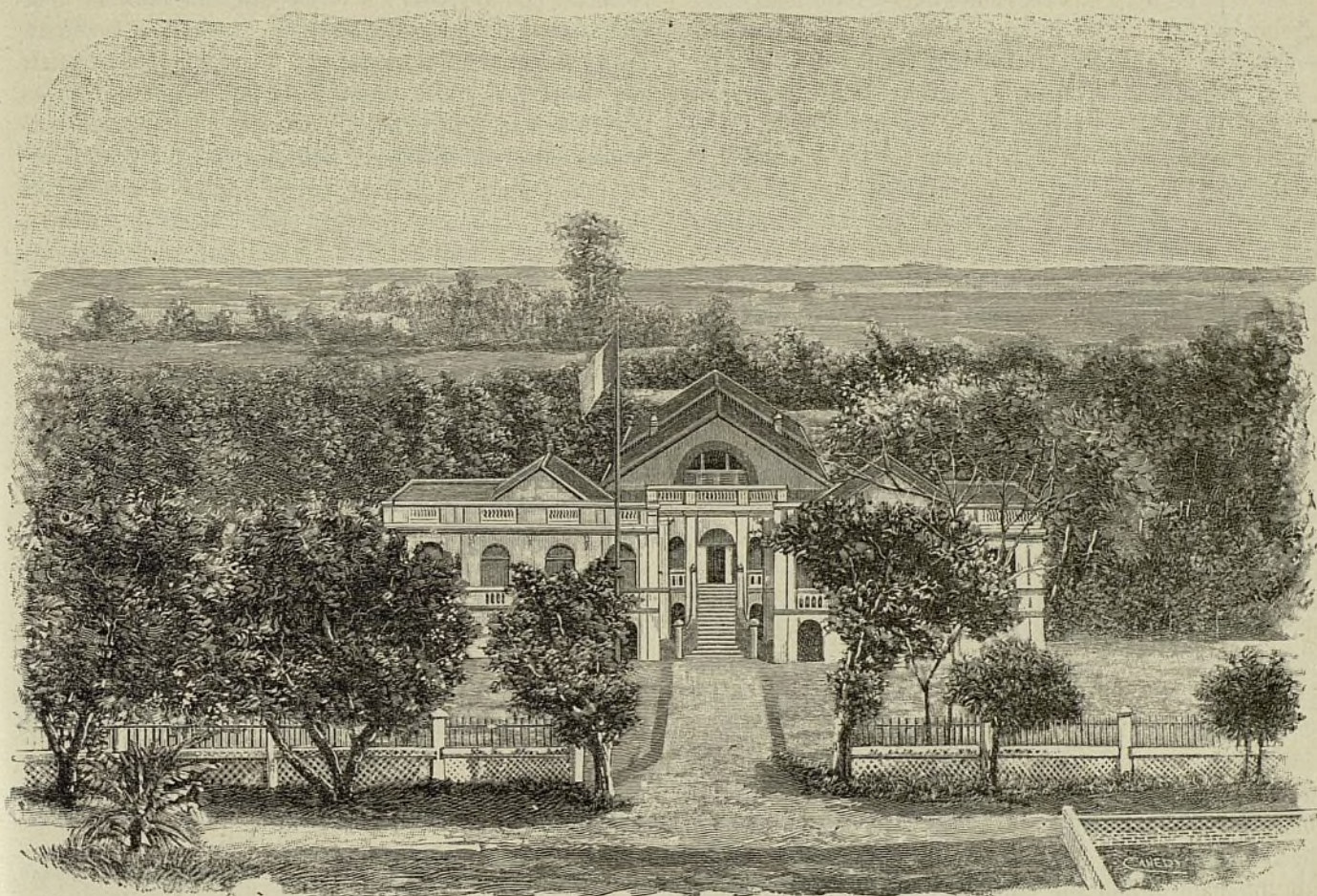
¡Cuántos peligros para ese sacerdote lleno de dulzura, que no puede oponer más que su Crucifijo á las terribles armas, levantadas á cada paso sobre su frente! A menudo cae herido en la primera etapa de su viaje apostólico, aun antes de haber podido hacer una sola conversión.

Pero hace ya largo tiempo que ha hecho el sacrificio de su vida, y que está resignado á los suplicios y á la muerte. ¿Qué digo? Desea, espera esa muerte gloriosa y la acepta con delirio, convencido de que la sangre del mártir fecunda una tierra impía aun más que el agua misma del bautismo, y que el nombre de ese Dios cuya fe confiesa en los tormentos, no será olvidado por los verdugos á quienes su heroísmo asombra y á quienes él bendice al espirar.

Sí, aun el que niega toda su vida futura, aun el que no tiene esperanza, si conserva á lo menos el sentimiento de la grandeza, no puede rehusar al misionero el tributo de la admiración y del respeto.

En lo más recóndito de la memoria guardo el recuerdo de esos sacerdotes de las Misiones Extranjeras, pues en este rincón del barrio San Germán donde nací





ALTO TONKIN.—ENTRADA PRINCIPAL DE LA RESIDENCIA DE HUNG-HOA.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod, de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 156)

—hará luego cincuenta y seis años—y donde hoy resido todavía, los encuentro frecuentemente en las anchas aceras de la calle de Sévres ó entre la muchedumbre de la calle del Bac.

Cuando yo era pequeño, ellos excitaban en el más alto grado mi infantil curiosidad. ¡Los encontraba tan distintos de los otros eclesiásticos! Su tez bronceada, su gran barba, su paso vivo y animoso que hacía sonar la sotana, y en toda su persona no sé qué de viril y por decirlo así, de militar, todo eso me llenaba de sorpresa. Algunos—sabido es que con frecuencia hacen grandes servicios á la Francia en sus lejanas Misiones,—estaban condecorados como soldados.

Antes, delante de una casa amueblada de apariencia clerical, que las invasoras construcciones del Bon Marché han hecho desaparecer hace mucho tiempo, veía bajar del coche un anciano Obispo con la presilla verde y dorada del romano sombrero, y la cruz pastoral que brillaba entre los rizos plateados de una barba de patriarca.

Y las buenas gentes de la vecindad se decían respetuosamente el nombre del exótico Prelado y el de su diócesis, entre los negros, en la taciturna Africa, ó entre los amarillos, en fondo de la horrible Asia.

Al aspecto de esos sacerdotes viajeros, estudiante como era entonces, pensaba en los vastos mares y los misteriosos países indicados en mi Atlas; soñaba con las largas travesías, con naufragios en islas desconocidas, con aventuras extraordinarias entre salvajes ar-

mados de maza y adornados con diadema de plumas, como volantes de una sierra.

Los buenos Padres no tienen de ello la menor idea; pero han hecho vivir en mi imaginación, á mis doce años de edad, veinte existencias parecidas á la de Robinson Crusó ó el capitán Cook.

A esos sacerdotes, que por largo tiempo aparecieron ante mí bañados en la poesía de mis recuerdos de niño, los he visto de cerca hace muy poco, en una de las horas más solemnes de su vida religiosa, habiéndome hecho asistir uno de sus alumnos, el excelente joven de quien hablé hace un momento, á la conmovedora ceremonia de una partida de misioneros.

Yo no trataré de dar una descripción al estilo de Luis Veuillot, y no puedo hacer otra cosa que remitir á mis lectores á las muy hermosas páginas que sobre este asunto se encuentran en la obra *Çà et là*. Que se me permita solamente apuntar aquí mi impresión, una de las más punzantes que me hayan conmovido el corazón.

Desde luego, fué en el despojado jardín, bajo el cielo brumoso de otoño. Las altas ventanas de los viejos edificios, nobles moradas al estilo de la Francia de otro tiempo, parecían mirar á los sacerdotes y seglares que corrían por las rectas avenidas al cierto grito de una gran campana china.

En un ángulo del jardín, la imagen de la Virgen se alzaba radiante entre las gotas de oro de los numerosos cirios. Ante ella, los diez «Viajeros» estaban en oración.



Yo veía de lejos sus espaldas, que pronto iban á ser agobiadas por tantas fatigas, y sus nuca encorvadas como si ya se ofrecieran á la cuchilla del verdugo. Cantaban de rodillas las dulces Letanías, y la concurrencia, de pie, respondía en coro los *Ora pro nobis*. Pero, cuando ellos invocaron á la Reina de los Apóstoles, á la Reina de los Mártires, á la Reina de los Confesores, todos cayeron de rodillas sobre las marchitas hojas; y entonces sentí pasar sobre esa multitud y por mi corazón un estremecimiento sagrado. Sí, nosotros experimentamos entonces, por acción refleja y por simpatía hacia esos jóvenes que se entregaban á la muerte, algo de la angustia que agobió á Jesús en la víspera de su sacrificio, en la noche trágica, bajo los tenebrosos olivos.

Sin embargo, no había llegado aún el momento más patético de la solemnidad.

Al fin de las Letanías seguimos á los «Viajeros» á la capilla, que es fría y sin adornos. Sobria y severa fué también la palabra del Padre Superior, quien en nombre de toda la Congregación les daba el adiós, repitiendo á los viajeros que partían sin esperanza de volver, que dejaban para siempre su patria y su familia y que la separación era definitiva, completa, absoluta. En los bancos y tribunas de la iglesia había parientes y amigos de los jóvenes misioneros. Pero éstos, de pie, impasibles, con los ojos bajos, los brazos cruzados sobre el pecho con varonil energía, escuchaban sin un gesto, sin un suspiro, aun sin bajar los párpados, al orador, que repetía siempre la palabra adiós, y les recordaba sin cesar que el sacrificio era irreparable.

Eso era muy sencillo y muy terrible.

Cuando el Superior hubo terminado su alocución los «Viajeros» vinieron á colocarse en una sola fila delante del altar. Ahí estaban llenos de fuerza y juventud, y parecían esperar el sacrificio. Inmediatamente pensé en los rehenes de la *Commune* haciendo frente al pelotón de federados.

Entonces comenzó el acto más conmovedor de la imponente ceremonia. Todos los asistentes desfilaron uno á uno delante de los misioneros, besándoles primeramente los pies, en seguida el rostro: los pies, para desearles buen camino y abundante cosecha entre los infieles; las mejillas, como prueba de fraternal ternura y eterno adiós.

Yo iba acompañado de un joven poeta, amigo mío. Ni uno ni otro titubeamos para cumplir el rito, pues los que conservan un poco la idea en el alma, doblan la frente sin esfuerzo ante lo que es verdaderamente grande, y ambos teníamos los ojos llenos de lágrimas al salir de los brazos de esos paladines de Cristo, de esos caballeros errantes de la fe que nos habían estrechado contra su corazón con una hermosa sonrisa, encomendándose á nuestras oraciones.

¡Mis plegarias! Vos me las pedís á vuestro turno hoy, querido niño que vais á consagraros al servicio de Dios por medio de promesas eternas, y á quien el año próximo iré á dar el abrazo en la iglesia de las Misiones.

¡Mis plegarias! Mucho tiempo hace que las había olvidado, y necesarios han sido largos meses de enfermedad y sufrimiento para balbucearlas de nuevo, para

rechazar con disgusto los viejos enigmas -alzados ante mi razón, á tender confiadamente las manos hacia un Padre celestial cuya misteriosa voluntad quiero sufrir con obediencia desde ahora. Pero ¡ay! á pesar de todos mis esfuerzos por llenar mi corazón de humilde confianza, estoy destinado, lo siento, á sufrir mucho todavía por la duda, y muchas veces tendré necesidad de repetirme la palabra inmensa que Pascal se atreve á dirigir á Dios mismo: «Tú no me buscarías si no me hubieras encontrado ya.»

¡Mis plegarias! De las vuestras tengo yo necesidad, intrépido y piadoso niño; de las vuestras y las de vuestros amigos de las Misiones Extranjeras, de esos admirables cristianos que en la imitación de la vida de Jesús han escogido de preferencia su Pasión y su muerte, y á quienes he visto, en una hora inolvidable, colocados delante del altar en actitud de víctimas listos para la cruz, y ofreciendo sus abiertas manos á los clavos del verdugo y su costado á la lanza del legionario.

*François Coppée.*

## DIEZ AÑOS EN EL ALTO TONKIN

POR EL P. GIROD, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS DE PARÍS

La relación que empezamos á publicar presenta ante nuestros ojos la región más pintoresca del Tonkín, de la cual, hasta la fecha, teníamos escasísimos detalles. El completo estudio que de ella hace el P. Girod es notable por varios conceptos. Las impresiones del misionero están descritas con encantadora naturalidad, las observaciones que contiene son hijas de talento no vulgar.

### I. — DE HANOI Á SON-TAY.

En Agosto de 1886, habiendo desempeñado durante un año el cargo de limosnero en el hospital militar de Hanoi, regresé á la Misión en espera de las órdenes del Ilmo. Puginier, de santa y venerable memoria. (Q. D. G. G.).

Esperaba destino, resignado á dirigirme al polo Norte ó al polo Sud, al hospital ó al colegio, si tal era la voluntad de Dios. Pero deber es confesarlo, no me seducía el Delta y las llanuras de Beauce y los lagos de Brene: amaba, añoraba las altas montañas de la espléndida... *Suiza*.

Lector amigo, antes de empezar bueno será decirte que *Suiza* en el Tonkín Occidental es el extenso y hermosísimo distrito de Xu-Doai, que en la actualidad forma el nuevo vicariato apostólico del Alto Tonkín, el cual comprende las provincias de Son-Tay, Hung-Hoa y Tuyen-Quang.

Límites: al Norte, Yun-Nan; al Este, los ríos Claro y Rojo; al Oeste, las altas montañas y el río Negro; y al Sud, la provincia de Hanoi.

Su Santidad el Papa León XIII, gloriosamente reinante, *quem Deus sospitem servet*, se dignó nombrar primer vicario apostólico del Alto Tonkín al R. P. Pablo M.<sup>a</sup> Ramond, misionero del Tonkín Occidental, y



fué consagrado en Hanoi el 15 de Octubre de 1895 con el título de obispo de Linoe.

Diez años de mi existencia han transcurrido veloces y completos desde la fecha en que suspiraba y anhelaba con vivísimo entusiasmo por las encantadoras montañas de la *Suiza* del Tonkín.

Cuando en el Seminario de Lons-le-Saunier sudaba para sacar buenas pruebas tipográficas de la *Vida del Venerable P. F. Nerón, decapitado por la fe en el Tonkín*, tenía corazón y cabeza en el Yen-Tap, parroquia central del distrito de Xo-Doai. El que yo debía regentarla para mí *estaba escrito*.

Grande fué mi alegría, profunda mi gratitud á la Providencia divina cuando el Ilmo. Puginier me llamó y me dijo:

—Puedes estar contento, te envío á *Suiza*; prepara el equipaje.

Tres años hacía que el P. Rival dejó vacante la plaza, para llegarse hasta la frontera del Laos á recoger la palma del martirio.

Pocos meses estuvo al frente de esta Misión, y con tal empeño trabajaba que recorrió á pie el distrito, que es inmenso, levantó la carta geográfica, hizo empadronar á los cristianos, y fortaleció con los santos Sacramentos á las desventuradas ovejitas del rebaño del Buen Pastor, abandonadas hacía largo tiempo á la fiera saña del lobo.

Para formarse idea de la desolación que se extendía por este país, bastará saber que la feligresía de Song-Chai, entre Phu-Doan y Phu-an-Binh, que hace veinticinco años contaba dos mil quinientos cristianos, en 1883 sumaba apenas mil. Los agentes ó factores de la despoblación han sido la guerra, el hambre, la peste, el tigre y... finalmente y especialmente estos monstruos en forma humana que llamamos Pabellones negros y Pabellones amarillos. Luchando por el monopolio del robo y del asesinato, estos hermanos enemigos han pasado el país á sangre y á fuego.

Budhistas y cristianos fueron tratados con igual crueldad. Hasta que Francia intervino en el Tonkín la corte de Hué sirvióse asiduamente de las partidas de foragidos en contra de nosotros y de los nuestros; y temiendo ser exterminados los católicos de Xu-Doai, se refugiaron á Hanoi, protegidos por el Ilmo. Puginier. Iniciada la campaña, las ciudadelas de Son-Tay, Hung-Hoa y Tuyen-Quang cayeron en poder de los soldados franceses, que rechazaron al enemigo hasta Lao-Kay, ocupando todos los puntos estratégicos ó por otras razones importantes, protegiendo á los amigos del orden y permitiéndoles vivir en paz cobijados por la bandera francesa.

A las heroicas campañas del almirante Courbet, de los generales Brière de l'Isle y Negrier sucedió la del general Courcy, quien en Thanh-Mai disparó el *soi-disant* último cañonazo del Tonkín, tan perfecta juzgaba su obra.

Sea de ello lo que fuere, el Ilmo. Puginier creyó era llegado el momento de restaurar las Misiones del Norte, y el 6 de Agosto del año 1886 el P. Ambrosio Ro-

bert y un *servidor de Vds.*, alegres como un par de mozalbetes escapados de la escuela, embarcamos en Hanoi en un buque que remolcaba enorme barcaza llena de soldados y pertrechos de guerra. Sentíamos que el corazón rebotaba alegría al ver que nos trasladábamos al país de las altas montañas y los ríos caudalosos. Los altivos picos de Ba-vi y del Tam-Dao al divisarse envueltos por azuladas nieblas, en el confín del horizonte, cautivaron nuestras miradas, que cansadas luego de tanta luz, las desviábamos fijándolas en la inmensa alfombra de agua hirviente que en esta época del año teje el caudaloso río Rojo.

El pobre remolcador, á pesar de los desesperados esfuerzos de su máquina vieja, avanza muy lentamente.

¿Vamos despacio? No importa... Para entretener el tiempo os contaré la historia de aquel joven annamita que está sentado entre las dos cajas de cartuchos.

Se llama Pablo Tinh, y sirvió de guía á las tropas francesas. En un encuentro con los chinos una bala fracturóle un muslo; pero el comandante no lo abandonó en la desgracia. Llevado al hospital de Hanoi, Pablo sufrió valeroso múltiples operaciones y largos meses de horrible padecer. La fuerza del dolor no le hacía verter una lágrima: sólo lloraba al acordarse de sus padres y de su joven hermana, á quienes temía no volver á ver. Los médicos lo cuidaron solícitos, y Dios lo curó. El día en que apoyado en las muletas pudo dar algunos pasos, vino alegre á recibir el Pan de los Angeles y de los fuertes. Cuando pocos días antes de mi partida fuí al hospital á despedirme, sabiendo que me dirigía á las montañas cuya sombra se extiende por las llanuras de su país, me suplicó intercediese para que le repatriasen. Para él obtuve pasaje á bordo del remolcador...

En la actualidad Pablo Tinh es honrado y feliz padre de familia; no ha menester muletas ni piernas de madera, y tiene un certificado de haber sido herido, el cual le exime de penosos trabajos que temporalmente el mandarín manda ejecutar gratuitamente.

No hay mal que por bien no venga.

Al fin nacen la noche y el fresco, y llegamos á Son-Tay... Son-Tay, ciudad ilustre por en ella haber conquistado la palma del martirio los Venerables Cornay, Schœffler y Nerón: Son-Tay, gloria del general Courbet y de sus heroicos soldados.

Empecemos por desembarcar...

*Nunc pede libero pulsanda tellus.*

Y luego vayamos á comer ó mejor á cenar en la grata compañía de los muy queridos PP. Richard y Mechet, misioneros de la ciudad, en casa de los cuales hallamos otro hermano en Religión y amigo querido: el Padre Idiarte.

¡Cinco misioneros reunidos en Son-Tay! ¡Espectáculo no visto desde la creación del mundo!

A la imaginación del lector dejo la enumeración de los encantos, de los recuerdos inolvidables de aquella memorable noche del día 6 de Agosto de 1886. Al Eterno elevamos fervientes votos para la mayor gloria de Dios, para la salvación de las almas... Juntos cantamos



henchidos de entusiasmo, de juventud y de esperanza... ¡y hoy, pasados diez años, tres descansan en hoyo cavado en Son-Tay esperando el día de la resurrección feliz!

El P. Adriano Richard, de la diócesis de Nantes, abandonó las costas francesas en el año 1879, dirigiéndose al Tonkín, donde llegó y fué nombrado limosnero del hospital militar de Son-Tay á los pocos días de tomada la ciudad. Respiraba bondad y mansedumbre, que le valieron el general aprecio y respeto. Desgraciadamente su escasa salud no le permitió entregarse

noi, viniendo á morir santamente en Son-Tay el 25 de Marzo de 1893.

El tercero, cuya tumba cerróse el 27 de Junio de 1896, era mi querido amigo el P. Ambrosio Robert, de la diócesis de Lyon: juntos llegamos á Son-Tay la noche del 6 de Agosto de 1886. Dios lo ha arrebatado á la Misión del Alto Tonkín, de la cual era por sus virtudes y brillantes cualidades esperanza y sostén.

¡Dignaos, amable Jesús, escuchar la oración que ferviente os elevo cabe la tumba de mis inolvidables amigos, los tres confesores!



ZULULANDIA (Africa Meridional).—PAISAJE Á ORILLAS DEL RÍO UNZINI.—Reproducción de fotografía enviada por el P. Rousset, oblato de María Inmaculada. (Pág. 157)

largo tiempo á la vida activa que tanto anhelaba su corazón generoso. Muchos días y largas noches debió pasar sentado en un sillón ó metido en cama, rezando una tras otra las cuentas de su Rosario *pro vivis et defunctis*.

El P. Richard murió piadosamente el 23 de Febrero de 1888, y fué sepultado entre las flores blancas del jardín de la Misión, detrás del coro de la pequeña capilla donde tantas veces le cupo la suerte de albergar al Santísimo Sacramento.

El P. Idiarte, de la diócesis de Bayonne, llegó al Tonkín el año 1884: era por su saber el amigo de los ancianos, y por su celo y piedad ejemplar modelo de jóvenes. Fué misionero de Tanh-Hoa y párroco de Ha-

De los dos supervivientes de la reunión de Son-Tay uno, el P. Mechet, es en la actualidad párroco de Hung-Hoa (Véase el grabado de la pág. 153), y ha levantado la Catedral del Alto Tonkín.

El otro, muy servidor de Vds., les escribe estas líneas desde Lao-Kay, al extremo Norte de la Misión, en la orilla izquierda del río Rojo. (Véase el grabado de la pág. 145).

Después de largas correrías á caballo, de campañas apostólicas más activas que provechosas, me encuentro, siempre á la disposición de mis amables lectores, en la frontera del Tonkín, donde debo construir, frente á frente de la pagoda china, y al lado de la ambulancia y los cuarteles de los tiradores, una iglesia ó mejor una capilla dedicada al Sagrado Corazón de Jesús.

(Seguirá).



## SIETE AÑOS ENTRE LOS ZULUS

POR EL R. P. ANSELMO ROUSSET  
OBLATO DE MARÍA INMACULADA, MISIONERO DE CAFRERÍA

(Continuación)

Hablemos de los indígenas. Si nos limitamos á su constitución física, forzoso es confesar que su tipo es bello.

préndese el viajero europeo, acostumbrado á la resistencia de los hijos de las naciones del viejo continente, al ver hasta qué punto soportan la fatiga sin rendirse, y cuán escaso alimento necesitan. Un día sin probar bocado no hace mella en esta naturaleza de hierro.

Contrastando con lo antes dicho, admira también la enorme cantidad de víveres que sin perjudicar su salud puede consumir un zulú en una sola comida.

¿Quieres obsequiar á un indígena regalándole lo que



JAPON.—PUERTA CHINA EN NIKKO.—Reproducción de fotografía enviada por el P. Ribaud, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París. (Pág. 151)

Altos, fuertes, robustos, fiero continente y resuelto ademán, los actuales zulús muestran bien á las claras que son hijos dignos de los valientes guerreros de Tchaka, y amantes fieles de la independencia y libertad que les legaron sus progenitores. Es frecuente ver entre ellos tipos gigantescos, verdaderos colosos. El vicio de este pueblo, lo que le impide crecer y ser grande es la pereza. ¡Cuánto trabajo no podrían realizar estos gigantes! Pruébese viendo lo que llegan á hacer cuando se les convence de que emprendan un trabajo que exige fuerzas considerables, ó cuando razones especiales les obligan á entregarse á ocupaciones duras y penosas. Andar largas horas bañados por ardiente sol y agobiados por pesada carga, es para los zulús trabajo fácil. Sor-

á sus ojos es regalo incomparable é inmejorable? Pues regálale descomunal pedazo de carne, bien ó regularmente cocida, pues en esto de cocidos no peca por exigente; pero bien machacada, y será el más valioso regalo de cuantos pudieras ofrecerle. A la carne machacada la llaman *ubomi*, que significa alimento delicado, comida suculenta y deliciosa. Tan bien les parece el plato de carne machacada, llamada como acabamos de ver, que la palabra *ubomi* ha venido á significar: *felicidad, satisfacción*.

Entre los zulús el arte culinario se reduce á la más mínima expresión. Algunas veces se les ocurre hervir la carne en ollas ó marmitas, pero es excepcional; lo vulgar, lo general, es coger la carne y echarla unos mi-



nutos sobre los carbones encendidos. El resultado es: del interior cruda y del exterior quemada, pero su paladar no es exigente. Uno tras otro clavan en el pedazo de carne sus dientes blancos y afilados, hasta que acaba por desaparecer. Comen hoy cuanto tienen, que en general es el límite de lo que pueden comer, y ¿mañana? mañana quizás ayunarán no ya á pan y agua, sino á agua sin pan.

Hace pocas semanas que la terrible enfermedad conocida en estas tierras con el nombre de *Rinderpest*, mató uno de mis bueyes. Mandé que el animal fuese enterrado sin pérdida de tiempo. Mis domésticos arrastraban al animal muerto, cuando llegaron los zulú: al ver la bestia corren á mi encuentro, y me ruegan y me conjuran de no permitir se pierda, se corrompa inútilmente bajo la tierra aquel *magnífico* animal: éste pedía la espalda, aquél el muslo, etc. Me negué terminantemente á acceder á lo pedido; pero no por esto cesaron, sino con nuevo empeño pidieron y suplicaron é importunaron hasta ver si lograban hacerme ceder. Persistí en mi negativa, temiendo fundadamente que aquella carne fuese nociva para su salud. ¿Sabes, lector amigo, de qué medio debí servirme para verme libre de aquellos importunos amigos de la bestia muerta? pues armarme de bastón y defender los restos del buey aquel, que tan buenos servicios prestara tirando del arado que labra los campos de la Casa Misión.

Si la carne es para el zulú el mejor de los comestibles, la cerveza (*utshwala*) es la más deliciosa de las bebidas. La cerveza que ellos beben es muy espesa, de color gris rojo, y la hacen de los granos de un cereal llamado *amabele*. Para que embriague deben beberla en gran cantidad.

Es la bebida que acompaña siempre á las grandes reuniones, á las fiestas de familia, de las cuales la más solemne es el matrimonio.

Bebedores insaciables, agotan el contenido de numerosas y grandes tinajas y largas calabazas. Extraña alegría y desusada animación se apodera de los reunidos, y á los gritos desacompañados y á las báquicas carcajadas, suceden querellas y riñas á veces sangrientas. Lo general es que una paliza descomunal, propinada mutuamente, acaba la fiesta empezada en santa paz. Pero suele también suceder que al día siguiente son buenos amigos los que se pegaban la noche anterior.

No me extenderé en consideraciones sobre el carácter moral del zulú, pues bajo este aspecto mis estudios no son completos.

Me limitaré á indicar lo más notable, esto es, lo que le caracteriza.

Antiguamente, según afirman quienes en aquellos tiempos los conocían, los zulú eran verídicos y enemigos de mentir: el fingimiento, la mentira, la han aprendido de los blancos. De resultar cierta esta opinión, los blancos no salimos de ella muy bien librados ni muy honrados. Pero lo peor del caso es que no seré yo quien afirme que este es el único vicio que el blanco ha enseñado al indígena. Sea de ello lo que fuere, lo que sí diré es que aun en la actualidad rara vez una mentira grave saldrá de labios de un zulú.

En cambio, difícil sería hallar quien les supere en el arte de disimular la verdad, de presentarla de tal manera y con tal arte que logran engañar ó convencer al más listo. Son maestros, pero maestros incomparables en el arte de hacer creer lo contrario de la realidad. Si le interesa engañarte omitirá unas circunstancias, añadirá ó dará gran importancia á otras, y sin necesidad de mentir, á pesar de temer ó sospechar un engaño, resulta difícil, por no decir imposible, conocer la verdad. Trátase, por ejemplo, de un enfermo.

—Fulano de tal, dirá, ¿sabes? ¿Conoces á Fulano de tal que vive en este *kraal*? (pueblo).

—Sí.

—*U file!* (¡ha muerto!)

Dice ha muerto, pero no: *u file impela* (ha muerto realmente). La realidad de su afirmación será que el individuo de quien se trata está enfermo. Azorado, dudando si habrá muerto ó si estará moribundo, sales y vas corriendo á visitarle, llegas y... lo encuentras apenas indispuerto.

Preguntas á otro:

—La langosta ¿ha causado grave daño á tu campo de maíz?

El responde:

—*Ku pilile nya!* (lo ha destruido por completo).

Consecuencia de esta afirmación, que á lo menos se ha salvado la mitad de la cosecha.

—¿A cuántos de tus animales ha muerto el *Rinderpest*?

—¡Todos, todos!

—¿Cuántos bueyes te quedan?

—¡Ah! sólo diez.

El agradecimiento no es virtud á la que tengan los zulú gran afición; pero, en cambio, aman y respetan la justicia. Al proponerles algo, sea lo que fuere, la primera condición que exigen es que sea justo. ¿Les pides realicen algún trabajo que redunde en tu provecho? Pues esperan una recompensa proporcionada á su trabajo. En cambio, ¿haces algo que redunde en favor del zulú? El comprende que la justicia exige una compensación: sin embargo, si no la reclamas sin pérdida de momento, se cree dispensado de ella. ¿A qué débese esta manera de obrar? Es que están íntimamente persuadidos de que siendo el blanco, por ser blanco, superior al zulú, el derecho de exigir retribución por servicios prestados desmerece, pierde algo de su fuerza legal.

El zulú, dije, ama la justicia. Si en castigo de una falta grave se le exige el pago de una libra esterlina, se someterá sin chistar al castigo impuesto. Pero si le engañan, si dejan de pagarle un céntimo, lo pide hoy y mañana y siempre, y lo exige y creo que nunca ni á nadie lo perdonará. Si por faltas cometidas, en vez de disminuir su jornal ó de imponerle una multa se le propina una paliza, la sufre resignado. El que un blanco le pegue le causa vivo pesar y profundo enojo; no obstante lo cual entre ellos es muy vulgar el saldar á palos las cuentas pendientes.

Los zulú deben ser tratados con justicia y bien entendida severidad, que no degeneren en dureza: de vez



en cuando será conveniente bromear y solazarse con ellos. Pero las palabras de la *Imitación de Cristo*: «La familiaridad engendra el desprecio,» á nadie puede aplicarse con mayor razón que al zulú. Sin revestirnos de cierta dignidad, desprecia ó tiene en poco la autoridad que como misioneros nos compete.

(Se continuará).

## EL SEPULCRO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

EN JERUSALÉN

Saliendo de Jerusalén por la puerta de San Esteban, al Este de la ciudad, se baja por un barranco hasta el fondo del valle de Josafat, dejando á derecha é izquierda el cementerio de los musulmanes.

Después de haber atravesado el cauce del torrente Cedrón, siempre seco, se ve á la derecha la fachada de la iglesia de la Asunción, que está situada al pie del monte de las Olivas, y á pocos pasos de la gruta en que el Salvador sudó sangre y agua la víspera de su crucifixión. Cuarenta y ocho escalones, desgastados por la acción del tiempo, conducen á esta vasta y sombría mansión, encerrada en el seno de la montaña.

El sepulcro de la Santísima Virgen está cavado en la roca y cubierto de mármol blanco, de igual manera que el de su divino Hijo, á fin de que no sea destruido por los peregrinos que quisieren llevarse reliquias de él. De esta sepultura puede decirse lo que Chateaubriand de la del Santo Sepulcro, que de nadie ha de dar cuenta el día del juicio, porque la tradición nos enseña que la Santísima Virgen salió viva de los brazos de la muerte tres días después de su sepelio, y fué llevada milagrosamente á los cielos.

Santa Elena mandó edificar la iglesia. Respetando la sepultura, los artífices siguieron el procedimiento empleado en el Santo Sepulcro, y dejando sólo de cortar en la parte donde estaba incrustado el santo monumento, lograron construir un edificio aislado. Los muros de Norte y Sud de la iglesia cerca del sepulcro formado por piedra viva cortada perpendicularmente hasta en el nacimiento de la bóveda, demuestran lo que decimos. De lamentar es que se procediera de tal suerte en esta construcción, porque monumentos como el que reseñamos, naturalmente preciosos, pierden cuando se trata de embellecerlos.

Encierra la iglesia el enterramiento de Melisenda, esposa de Balduino III y madre de Balduino IV, la cual dirigió los negocios del reino de Jerusalén en calidad de regente más de treinta años. Se halla á la derecha este enterramiento. En opinión de algunos, debe contener esta santa mansión las tumbas de San Joaquín, Santa Ana y San José; opinión que sólo se fundamenta en la costumbre hebrea de tener las familias panteones comunes y desear los judíos ser enterrados junto á los sepulcros de sus antepasados.

Alcurfo, que á fines del siglo VII visitó este santuario, dice que se elevaba encima otra iglesia circular.

Godofredo de Bouillón fundó un convento de Benedic-

tinios en 1100; después ha estado á cargo de los Padres Franciscanos, que se posesionaron de ella á consecuencia de convenio entre la reina Juana de Nápoles y el sultán de Egipto. En el siglo XVIII los griegos cismáticos, que deseaban tener este santuario, acusaron á los Padres de Tierra Santa de haber vendido al Papa el cuerpo de la Virgen, con cuya acusación consiguieron la expulsión de los Religiosos, que restablecidos merced á las gestiones del embajador de Francia, de nuevo fueron desposeídos y nuevamente se les restableció en la posesión hasta que el conde de Vergemes, embajador de Francia, logró de la Sublime Puerta en 1757, un firmán en el que le estipulaban claramente los derechos de los Franciscanos en los principales santuarios de Jerusalén, entre ellos el en cuya reseña nos ocupamos. Sin embargo, por más que el firmán exista en vigor, desde dos años después de obtenido, en que los cismáticos se apoderaron de la iglesia, continúan en posesión de ella. Acaso si las Potencias católicas reclamaran de la Sublime Puerta el reconocimiento de los derechos de los latinos, se les haría justicia.

Cuanto al lugar donde acaeció la muerte de la Virgen, hay dudas. Algunos escritores presumen que fué en Efeso, y se fundan en una frase de la carta sinodal dirigida al clero y pueblo de Constantinopla, en el año 471, por los Padres del Concilio, celebrado en la mencionada ciudad. Dice la frase: «La herejía de Nestorio fué condenada en la ciudad en que Juan el Teólogo y la Madre de Dios...» sin terminar el sentido, de lo cual deducen que la Madre de Dios y Juan murieron allí. Pero los Padres del Concilio no dicen que la Virgen muriera, pudiendo la oración referirse al culto que se le daba en la ciudad, según prueba el R. P. Russeli, franciscano de Tierra Santa, en su obra intitulada: *Per la futura definizione dogmatica dell' Assunzione corporale de Maria SS.* Afirma una tradición constante desde tiempo de los Apóstoles, que la Madre de Dios murió en Jerusalén, en el Cenáculo, y no en Éfeso. Dionisio el Areopagita, contemporáneo de Nuestra Señora, se explica del modo siguiente en su obra: *De los Nombres divinos* (libro I, capítulo VII), hablando á Timoteo de la muerte de la Virgen: «Os acordaréis de cómo, estando en compañía de nuestros Pontífices (los Apóstoles), llenos del Espíritu Santo, y de muchos fieles hermanos, admiramos el santo Cuerpo que fué asilo del Autor de la vida, y que también estaban entre nosotros Santiago, primo del Señor, y Pedro, gran ornamento y principal columna de los teólogos. Después de haber contemplado el santo Cuerpo, plugo á todos los Pontífices ensalzar la bondad de Dios. Después de los Apóstoles, Gerotrides, como sabéis, fué entre todos los sabios quien más le exaltó.»

San Melitón de Sande, escritor del año 170, dice en un libro: *De Transitu Virginis*, que María Santísima murió en Jerusalén.

Igualmente lo afirma Polierato, obispo de Éfeso, que vivía en el siglo III.

Juvenal, obispo de Jerusalén, como fuese preguntado por la emperatriz Pulqueria y el emperador Marciano para que les dijese dónde estaba la sepultura de la Virgen, contestó que era antiquísima y verdadera tradición que al tiempo de la muerte de la Santísima Virgen



los santos Apóstoles, dispersos en el mundo para la salvación de las almas, fueron llevados á Jerusalén, encontrándose en un instante reunidos en torno de su lecho, siendo sepultada en el valle de Josafat, y encontrándose vacío el sepulcro tres días después.

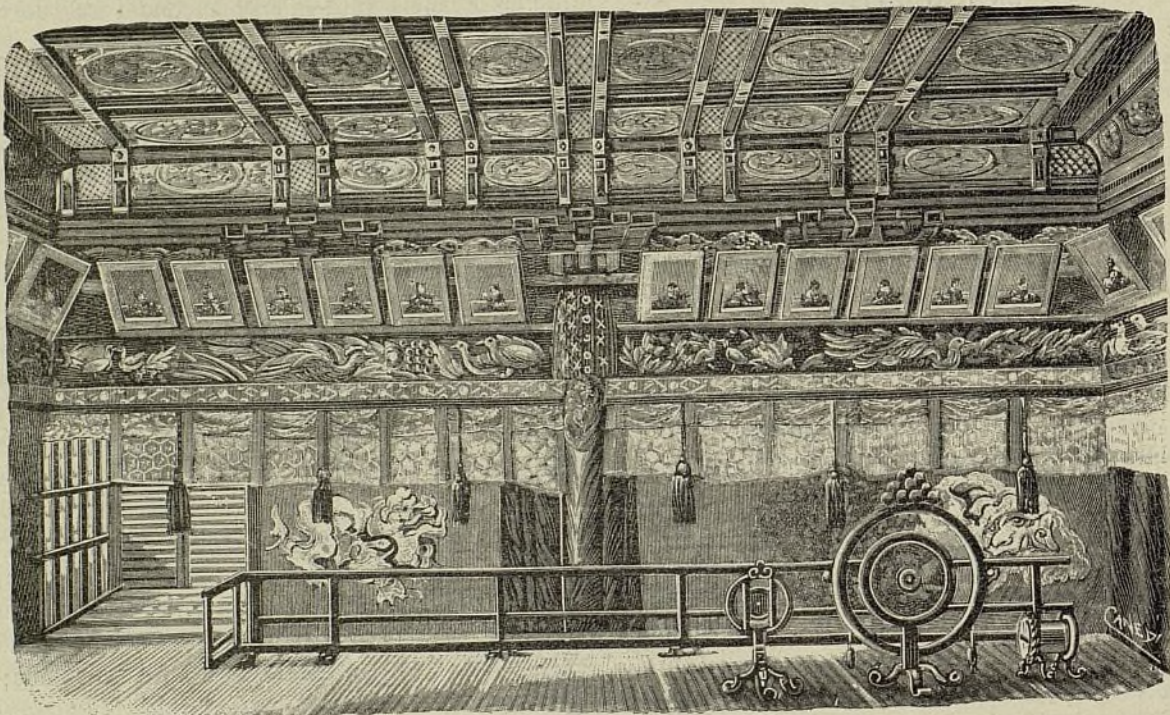
Hállanse nuevos testimonios en Gregorio de Tours, de Creta, Gueric, canónigo de Tournay, y otros autores.

El antiguo Menologio griego, referente á la muerte y sepultura de la Virgen, dice:

«Habiendo dispuesto Dios llamar á sí á su Madre, envió un Angel que la anunciase su Tránsito. Tal nueva

## CRÓNICA

**Méjico.**—**LA TOMA DE CHAN (Santa Cruz).**—El acontecimiento más notable que ha tenido lugar durante la primera quincena del mes en curso, y que sin duda es de gran importancia para esta República mejicana, ha sido la toma de Chan (Santa Cruz), en la Península de Yucatán, y que era el centro, capital y último baluarte de los indios mayas, quienes han permanecido unos cincuenta años obstinados y rebeldes al Gobierno de esta Metrópoli, cometiendo todo género de fechorías entre los pacíficos habitantes de aquellas fértiles comarcas. Este glorioso hecho de armas se realizó el día 4 del que rige, á las siete de la mañana, por las fuer-



JAPON.—NIKKO: INTERIOR DEL TEMPLO DE IYEUASU.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Ribaud. (Pág. 151)

la llenó de alegría: subió al monte de las Olivas, y después de haber orado entró en su casa para disponer lo concerniente á su entierro: su divino Hijo se le apareció. Oyóse en seguida el ruido de un gran trueno, y los Apóstoles conducidos en nubes desde distintos puntos de la tierra, se encontraron allí á fin de que se hicieran cargo de su Cuerpo inmaculado. Estando en su lecho, la Virgen entregó su espíritu al Hijo de Dios: los Apóstoles enterraron el purísimo Cuerpo, pero no le encontraron en la tumba pasados tres días. Tomás, que llegó el último, queriendo venerar los sagrados despojos, no encontró más que los vestidos, porque Dios había llevado á su Madre á un lugar sólo de El conocido.»

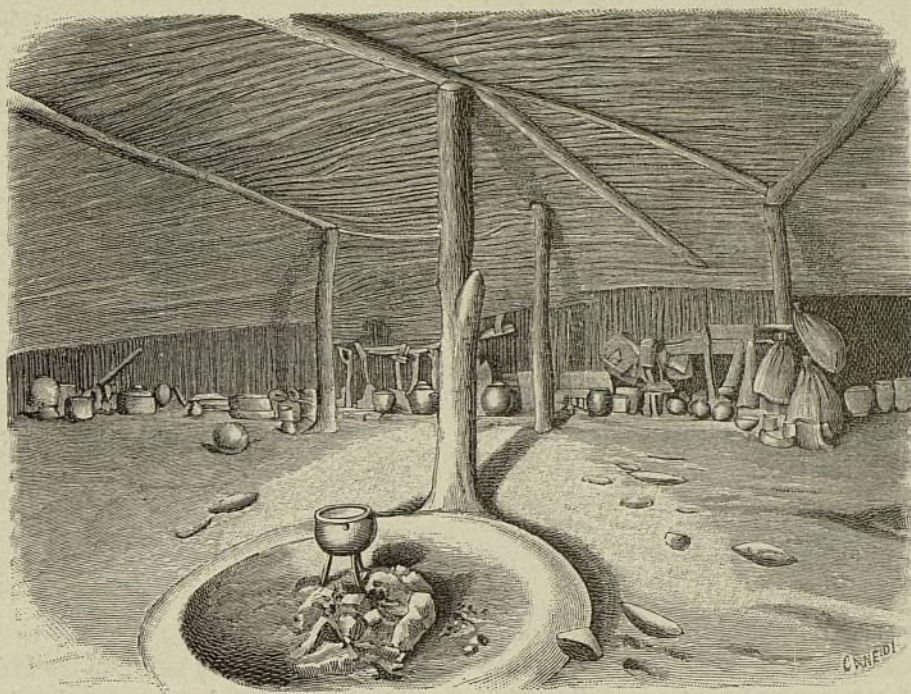
En ningún lugar se conservan con tanto cuidado las tradiciones como en Palestina, en que desde los tiempos apostólicos sucedense generaciones de piadosos cristianos que veneran los sitios en que se cumplieron los misterios de la Redención, indicándolos á los peregrinos que de remotos y opuestos puntos van para venerarlos.

X.

zas federales al mando del bizarro general D. Ignacio Bravo; y tan pronto como la noticia llegó á Mérida y demás poblaciones de la Península yucateca, fué celebrada con regocijos y fiestas públicas, que se han prolongado por algunos días. En esta capital mejicana coincidió la noticia con la celebración del 5 de Mayo, fiesta nacional en conmemoración de la gloriosa victoria obtenida sobre los franceses en Puebla de los Angeles en 1862, donde fué derrotado Laurence por las fuerzas del general mejicano Zaragoza; de aquí es que á las músicas, gran parada, simulacro, desfile y fuegos artificiales, se agregaron las felicitaciones al señor Presidente de la República y al General en jefe de las tropas que han peleado contra los mayas. Por último, en la sesión de la Cámara de Diputados del día 13 del actual, la Secretaría de Guerra y Marina informó que había terminado por completo la campaña de Yucatán con un arreglo definitivo ¡Gracias á Dios!

**FLORA Y FAUNA DE TABASCO.**—Ya que he hablado de la Península de Yucatán, voy á dar algunos datos acerca de la flora y fauna de alguna de aquellas comarcas. Hoy hablaré de Tabasco. Es muy común encontrar en las plantaciones azucareras de Tabasco, cañas de 18 á 20 piés de altura y de una edad avanzadísima. También el plátano crece con proporciones desmedidas; y muchas veces las plantas dan tantos frutos, que su peso hace quebrar las ramas que las producen. La zarzaparrilla, la vainilla, el cacao y la jipijapa (palma de que se hacen los sombreros de dicho nombre), cultivanse admirablemente, no menos que el café, el tabaco y el palo





ZULULANDIA (*Africa Meridional*).—INTERIOR DE LA CHOZA DE UN JEFE INDÍGENA.—Reproducción de fotografía enviada por el P. Rousset, oblato de María Inmaculada. (Pág. 157)

de hule; sobre todo en el cultivo del hule se están invirtiendo millones de pesos en el Estado de Tabasco. Hay cerca de doscientas variedades de árboles que producen maderas preciosas, especialmente la caoba, el cedro, el ébano, etc., etc. Hay también numerosos lagos y ríos navegables, y en sus aguas abunda la pesca, y en sus márgenes hay bosques riquísimos en caza. Entre los animales salvajes son muy abundantes el tigre, el león, el perro de agua (cuya piel es muy estimada), el comedor de hormigas, monos, ciervos, osos, zorras, etc., etc. Las aves abundan en grande escala, como los guajolotes, pavos, gallinas de guinea, patos, gansos, con una infinidad de pájaros de primorosos colores y de un canto delicioso.

**CURIOSIDADES MEXICANAS.**—También es digno de notarse lo que dice un periódico respecto de algunas cosas que tiene Méjico. Tenemos, dice, la montaña más alta de Norteamérica, el Popocatepetl, que mide 5,425 metros sobre el nivel del mar; la mina más profunda del mundo, la Valenciana; la que más plata ha dado en el mundo, en los montes de Guanajato; las más extensas y maravillosas cavernas, que son las de Cacahuamilpa y Villagarcía, situada la primera en el Estado de Guerrero. La boca de la caverna consiste en un arco de veinticinco varas de altura, por cincuenta de ancho; la parte conocida tiene como una legua de extensión, y está formada por una serie de quince salones, uno de los cuales tiene 130 varas de largo, 55 de ancho y 70 por lo menos de altura. Además tiene Méjico la más antigua ciudad de las Américas, Tula, antes Tollán; la más antigua casa comercial de América, la librería de Abadiano, fundada hace doscientos años; la ciudad donde primero se estableció la imprenta en el Nuevo Mundo, Méjico, en 1533; el santuario más venerado de América, con el cual sólo puede compararse el de Lourdes, Guadalupe; el pueblo cuya lengua, al igual del vascoence, no se la puede clasificar con ninguna otra del continente, el pueblo Leri; capital que excede en altitud á todas las demás ciudades del mismo país, Méjico, cuya altura es de 2,265'50 metros sobre el nivel del mar; el mayor árbol conocido, el «Santa María de Tule», en Oaxaca, cuyo tronco mide una circunferencia de 38 varas; su altura total es de 46 varas, y la mayor latitud de su follaje es de 44 varas; el volcán más nuevo del mundo, el Jorullo; y por fin, el gobernante, actualmente en el poder, que más ha hecho para conservar la paz en toda la América que perteneció á España, el general D. Porfirio Díaz.»

**Chile.**—**ESCUELAS PARROQUIALES.**—Con el año escolar, que en este hemisferio da principio en el mes de Marzo, quedó inaugurada la *Escuela Normal* que, con sabio acuerdo, se ha confiado á los *Hermanos de las Escuelas Cristianas*.

Dichos maestros son los destinados á las escuelas parroquiales, creadas por el ilustrísimo y reverendísimo señor Arzobispo de Santiago de Chile, deseoso de ofrecer un obsequio al Sagrado Corazón de Jesús.

Siendo unas cien las parroquias, llegan ya á unas ochenta las escuelas constituidas bajo la dirección inmediata de los señores curas, y de seguro que en el año próximo no quedará parroquia ninguna que no cuente con una ó varias escuelas.

Si para un plazo quizá no muy lejano conseguimos en Chile la *libertad de enseñanza*, ¿quién es capaz de calcular el desarrollo gigantesco que tomará la enseñanza católica con un plan tan vasto y tan bien combinado, y todo ello *sin que cueste un centavo á las arcas fiscales*?

**Alto Congo.**—Los Padres Blancos se encontraron con dificultades que retardan el apostolado; pero la comarca hoy pacífica y libre de soldados congaleses avanza en la evangelización. Así es que en el curso del año 1900 el número de los catecúmenos ascendió á 2,033 y el de cristianos á 404. Estas cifras nos inducen á extraer la reseña que los misioneros de Alger acaban de publicar en su pequeña Revista *Misiones de Africa de los Padres Blancos*, número de Marzo-Abril 1901.

Del cuadro que estos misioneros presentan resulta que en el conjunto de esas Misiones, la Congregación tenía durante el año 1900, 65 estaciones en Africa servidas por 621 misioneros, ayudados por 140 Hermanos y 976 catequistas. Se han contado 59,404 neófitos, 151,210 catecúmenos, 9,552 adultos, y 3,697 niños han sido bautizados en el año, sin contar los bautismos administrados *in articulo mortis*.

Para el bautismo haremos observar que no son admitidos todos los adultos que se presentan, pues las cosas se pasan como en la Iglesia primitiva.

Para tener verdaderos católicos los Padres no dan el bautismo sino después de una prueba de cuatro años.

Durante esos cuatro años es de obligación aprender la doctrina cristiana; por consiguiente deben de seguir asiduamente el Catecismo, al mismo tiempo tienen que demostrar por su conducta que están animados de sentimientos que hacen los verdaderos y



sinceros católicos. Gracias á esta prueba de 4 años, dicen los misioneros, nuestros pueblos forman cristiandades modelos que bajo el punto de vista de la práctica de la Religión podrían sostener la comparación con las parroquias cristianas de la Europa católica.

**Nyassa (Africa).**—Los Padres de la Compañía de María, fundada por el Bienaventurado Grignón de Monfort, han fundado una estación en el vicariato de Nyassa, lugar no visitado por los misioneros. Con el auxilio de la divina Providencia, cuentan extenderse por los alrededores. Remontando el Shiri, é internándose en la maleza, después de varios días de navegación plantaron su tienda. El vicariato apóstolico de Nyassa es la más joven de las Misiones de los Padres Blancos en el Africa Ecuatorial. Sus principios han sido muy penosos; hoy cuenta con 195 cristianos y 1850 catecúmenos, gracias á las escuelas: que son frecuentadas con asiduidad, es de esperar brillante porvenir.

**Kabilia (Africa).**—Escriben los Padres Blancos: «En todas nuestras Misiones de Kabilia el movimiento de conversiones se acentúa cada año y cosa increíble, sin suscitar ninguna explosión de fanatismo.» Los esfuerzos hechos en sentido contrario por altas Autoridades religiosas musulmanas, no han producido los resultados que ellos esperaban. El día en que los misioneros pudieran dirigir personalmente todas las Misiones de Kabilia, el Islam estaría muy amenazado, el que por otra parte avanza hacia los negros con tenacidad y perseverancia, y que en ciertos puntos del imperio turco hace renacer el odio contra el nombre cristiano.

Los Kabiles fueron antes miembros de la Iglesia de Cristo. ¿Por qué no han de volver á las creencias de sus antepasados?

**Algeria.**—Durante la Pastoral visita en los alrededores de Aumala el Ilmo. Oury, arzobispo de Algeria, ha recibido de los jefes indígenas de la región que por diversas circunstancias no pudieron saludarle en la pequeña ciudad precitada, la siguiente interesante carta, que á continuación publicamos traducida, curioso documento arabe:

«Al hombre á quien Dios ha dado el manto de la veneración y la gloria, á aquel á quien Dios ha dado la bondad y la distinción, á aquel á quien Dios ha dado el poder á nuestro señor Arzobispo.

«¡Que vuestra señoría goce la más pura salud!

«Por mediación del presente escrito besamos el polvo que pisan vuestros piés augustos. Nos sentimos sumamente honrados por vuestra visita á Aumala, y nos causó profunda pena el no poder venir á presentaros nuestros respetuosos homenajes.

«El único deseo que alentamos es que gocéis siempre de paz y tranquilidad.

«En nombre de los que besan las huellas de vuestros piés,

«SIDI MAAMAR ABDELKADER BEN MOHAMMED TAIEB.

Adel á la Mahakma d'Aumale.»

Dieciséis Carmelitas de Compiègne fueron condenadas á muerte en 1794. La Priora hizo cuanto pudo por salvar la vida á las dos torneras, acusadas sólo de haber llevado, por orden de la superiora, cartas al correo.

—Pero si ellas no sabían lo que contenían estas cartas, y además, dijo la Priora, su condición las obliga á la obediencia.

—Cállate, contestó encolerizado el presidente del tribunal; su deber era prevenir á la nación. Y fueron sentenciadas á la misma pena. De regreso de su prisión, las dieciséis Carmelitas no pensaron sino prepararse á la muerte, y rezaron las oraciones de los agonizantes. Como no habían tomado hacía mucho tiempo alimento, temió la Priora que algunas Religiosas desfalleciesen, y su desmayo se atribuyese á miedo: hizo que se vendiese una prenda de vestir de la Superiora, y así pudo proporcionar una taza de chocolate á cada Religiosa. Después marcharon al cadalso cantando la *Salve* y el *Te Deum*.

Al llegar al pie de la guillotina, entonaron el *Veni Creator* y renovaron en alta voz sus sagrados votos.

Una de ellas exclamó:

—¡Oh, Dios mío, cuán dichosa sería si este ligero sacrificio, que de mi vida os ofrezco, pudiese disminuir el número de víctimas!

La M. Sidonia pidió y obtuvo morir la última.

Obedientes hasta la muerte, cada una de ellas según la llegaba el turno, se presentaba á la Priora y decía:

—¿Me dais permiso, Madre mía, para ir á morir?

Y ella contestaba:

—Id, hija mía.

Sólo la Religión católica puede ofrecer, en sus gloriosos anales, muertes tan santas y sublimes.

## VARIEDADES

### LA LEPROSA (1)

BALADA

El sol inunda con sus doradas ondas los montes y los valles euskaldunaks. Los verdes bosques de Arizcun ondean mansamente agitados por las brisas primaverales, é indefinibles armonías se escapan de su seno, donde todo se regocija y canta; el avecilla en su nido de blando musgo; el insecto de brillantes colores sobre la leve hierba del prado, y en su escondido lecho el in-

(1) El barrio de *Bozate*, poco distante de la villa de Arizcun (valle de Baztan, en Navarra), y separado de ella por un torrente ó río, ha estado siempre poblado de *agotes*. Estos, que habitaban también en un barrio de San Juan de Pied de Port llamado *Choubito*, y en otros muchos pueblos del país vasco-navarro de ambas vertientes del Pirineo, han vivido en completo aislamiento, mirados con horror por todos los que no eran de su raza. Mucho se ha discuto respecto del origen de ésta; pero es para nosotros indudable que los *agotes* eran descendientes de los leprosos de la Edad Media, y esta es también la opinión de varios escritores, y sobre todo del erudito Dr. Mr. de Rochas, que en su notable y reciente obra titulada *Les Parias de France et d'Espagne* puede decirse que ha resuelto la cuestión. El fuero de Navarra dice: *Infanzón ó villano si tornare gafo (leproso) en eglezia ó en abrigos de la villa non deve ser como los otros vezinos, mas que vaya á las otras gaferias. Et si diuere el gafo, en mi heredad puedo vivir que yré á otras tierras, yscá de la villa, et todos los vezinos de la villa faganli casa fuera de las heras de la villa en logar que los vezinos vean por bien. Este gafo mequino que non puede cuidarse con lo suyo caya demandar almosna por la villa et demande fuera de las puertas de los corrales con sus tablas et no haya solax con los niños nin con los hombres iovenes cuando anda por la villa; pidiendo almosna. Et los vezinos de la villa devieden á lures creaturas que non vayan á su casa por haber solax con eyll. Et eyll non dando solax, si daino viniere, el gafo non tiene tuerto.*

En otros países las leyes eran todavía más severas que en Navarra; pero seríamos injustos si acusásemos de dureza á los que las hicieron, pues gracias á tal rigor pudo salvarse á las generaciones modernas de ese horrible contagio hereditario de la lepra, verdadero azote de la Edad Media. Para los leprosos ó *gafos*, muchos de los cuales no carecían de comodidades, el martirio mayor era, quizá, el apartamiento á que estaban condenados.

La santa caridad cristiana, á la que no espantan plagas contagiosas é incurables, recibía en sus brazos á los infelices que la sociedad rechazaba, y los Religiosos de San Lázaro se encerraban en las leproserías para asistirles espiritual y corporalmente y morir con ellos.

(Nota del autor).



quieto arroyuelo que aves é insectos, hierbecillas y flores acarician y besan amorosamente.

¡Cuán majestuosa y bella aparece la naturaleza á los ojos de la hermosa Mari, la hija del *gafo* Pierres, que asomada á una ventana de su vetusta choza de Bozate contempla extasiada la obra de Dios!

Su cándida mirada se fija con infantil curiosidad en tan grandioso cuadro, y su rostro refleja inmensa alegría; pero cuando retirándose de la ventana ve en un rincón del pobre hogar á sus padres, sobre cuyos andrajosos trajes resalta el trozo de paño rojo que llevaban los leprosos, para que distinguiéndoles de lejos pudiera huirse de ellos, y mira colgadas del ahumado muro las tabletas con que estaban obligados á anunciarse cuando iban á implorar la caridad, todo aquel mundo de aromas, de colores y armonías desaparece súbitamente; la fisonomía de Mari se contrae; los sollozos la ahogan, y después de un largo silencio murmura con voz débil:

—Madre, ¡Cuán felices son las avecillas de las selvas que nacen, se aman y cruzan libres el espacio sin inspirar horror á nadie! Vos, que antes de que os tornaseis leprosa habitabais también en libertad en ese hermoso mundo, decidme: ¿qué es la vida?

—La vida, contesta con ronca voz el *gafo* Pierres adelantándose á su esposa, la vida es el martirio; es el camino sembrado de espinas que el hombre tiene que recorrer con el alma y el cuerpo desgarrados, y que concluye cuando ya no le queda dolor por conocer; es sima ardiente como las bocas del *Heren-sugue*, en donde cae al nacer y á cuyo fondo nunca llega... De nada ha de servirte el no ser aún leprosa como nosotros, porque sana ó enferma eres nuestra hija, y á ti también te alcanza la maldición que nos abrumba. A pesar de tu juventud, de tu belleza y de tus virtudes las gentes huirán de ti con espanto; tus ensueños no deben traspasar el recinto de Bozate, donde sólo podrás amar y ser amada de un *gafo*: cuando reces, elevarás tus oraciones *separada* de los demás cristianos, y cuando mueras reposarás también en tierra *separada*, sobre la cual sólo los miserables como nosotros se atreverán á derramar sus lágrimas, si es que alguna les queda! Esa es la vida, y si acaso hay seres felices al otro lado de ese río que nos separa de Arizcun, será quizá que Dios los ha creado para que comparándonos con ellos fuese mayor nuestra desgracia.

—¡Pierres! exclama la madre de Mari con viveza, los sufrimientos te vuelven loco y estás ofendiendo á Aquel que nos da el pan de cada día, y ama por igual á sanos y á enfermos, y llena nuestras almas de esperanza: la existencia, con libertad ó sin ella, es siempre triste carga para el que no se conforma con su suerte. Si nuestros ojos y nuestros corazones no deben fijarse más allá de este barrio de Bozate, ¡quién nos impide elevarlos á Dios á todas horas! ¡Bendito sea Jaun-goikoa, y cúmplase su santa voluntad!

El sol filtra sus ondas por entre los girones de la niebla, é ilumina con pálidos reflejos los montes y los valles euskaldunaks.

Los amarillentos bosques de Arizcun ondean agita-

dos por las frías brisas otoñales; las ramas crujen, y de las profundidades de las selvas se escapan quejumbrosas armonías; las hojas secas caen y revolotean por el húmedo suelo; las avecillas abandonan sus nidos y emigran en bandadas; los insectos que aún viven se ocultan en las grietas de las rocas y los troncos; las flores de la pradera ya no existen.

¡Cuán majestuosa aparece la naturaleza á los ojos de la hermosa Mari, la hija del *gafo* Pierres, que desde su choza de Bozate contempla tristemente la obra de Dios!

Confundidos con los rumores de las montañas, las ráfagas del viento traen ecos vagos de voces y cantares animados, gritos alegres y frescas carcajadas, á las que se unen los cadenciosos sonidos del silbo y el tamboril, que cada vez se escuchan más cercanos.

Un grupo numeroso de montañeses en traje de fiesta se dirige hacia la iglesia de Arizcun, cuyas campanas parecen saludarles con su voltear precipitado; es la boda de Gueretchan, el del caserío de Ureder; el único que no siendo leproso ha dirigido palabras de cariño á la hija infeliz del *gafo* Pierres.

El bullicioso grupo se aproxima, llega... pasa ya por delante del barrio de Bozate, ¡del que todos apartan la vista con horror!... Sólo Gueretchan fija en él su mirada tristemente. Sus ojos se encuentran con los de Mari, que palidece, y retirándose presurosa oculta su rostro en el regazo de su madre.

Las sombras de la noche envuelven lentamente los montes y los valles euskaldunaks; la nieve cae en espesos torbellinos; los desnudos robles parecen, al agitarse, esqueletos que tiritan bajo su sudario; sólo se escucha en el fondo de las selvas el aullido del lobo y el crujir de las ramas que troncha el huracán.

En el siniestro barrio de Bozate destácanse sombrías las viviendas de los leprosos, y diríase que allí la noche es más oscura, el frío más intenso y más triste la voz del viento, á la que se unen quejidos de dolor y gritos de desesperación.

En la choza del *gafo* Pierres, iluminada por una tea de resina, Mari yace moribunda en un miserable lecho, y clava alternativamente sus ojos con indefinible expresión de amargura en su madre, que solloza á su lado, y en su padre, que sentado delante del frío hogar oculta la frente entre sus manos.

Cerca de ellos un anciano Religioso de San Lázaro, que ha administrado los últimos Sacramentos á la enferma, recita á media voz las oraciones de los agonizantes ante una tosca cruz de palo.

—Padre, balbucea Mari dirigiéndose al sacerdote, la vida es triste; pero ¿qué es la muerte, que tanto miedo infunde?

—Morir para los que, como tú, mueren en el Señor, contesta el Religioso, es llegar á la patria después de dura peregrinación; es separarse el alma de la hedionda materia, como en tu pobre hogar sale del tronco carcomido que se convierte en ceniza la pura llama que se eleva al cielo; es arrojar en los umbrales de la casa paterna la enlodada vestidura del camino, y revestir la blanca túnica del ángel; es volar libre de las cadenas de la carne, para reposar eternamente feliz en el seno



de Aquel que ha dicho: *¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados!*

La joven fija sus vidriosos ojos en el Crucifijo; su rostro, transfigurado por la fe, refleja angélica alegría, y sonriendo dulcemente entrega su alma pura al Criador.

Y mientras el gafo Pierres y su esposa dejan correr sus lágrimas sobre la helada frente de la hija de su corazón, como resbala el rocío sobre una estatua de alabastro, la nieve oculta más y más las chozas de Bozate; óyese el aullido del lobo y el crujir de los robles; el viento redobra sus gemidos... y como una melodía del cielo y un grito de esperanza lleva sobre sus alas

por entre las miserables viviendas de los leprosos, las últimas palabras del sacerdote: *¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados!*

JUAN ITURRALDE Y SUIT.

## SUBSCRIPCIÓN

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE  
Para las Misiones más necesitadas

J S, de Barcelona. . . . . 3 ptas.  
Los Herederos de confianza de la Sra. D.<sup>a</sup> María de los  
Angeles Ros, por conducto de D. Ramón Almeda. . . 500 »

Enrique Sienkiewicz

# **BARTEK EL VICTORIOSO**

Con aprobación de la Autoridad eclesiástica

## CAPÍTULO SEXTO

**T**RANSCURRIERON algunos meses. La primavera había extendido su imperio fecundo en esperanza. Los cerezos mecíanse orgullosos vestidos de flores y hojas jóvenes. Los bien labrados campos cubríanse del verde manto que alegra el corazón del campesino.

Un día triste, pues sus recursos, siempre escasos, lo eran más de lo acostumbrado, Magda sentada cabe la puerta mondaba patatas para la frugal comida. Parecía afligida y agitada por extraña inquietud. Deseando vencerla y distraerse empezó a cantar con dejo triste una popular canción:

¡Ohé! mi esposo está en la guerra.  
¡Ohé! me escribe y yo también.  
¡Ohé! porque soy su mujer. ¡Ohé!

Eran tantos los pájaros que revoloteaban por el huerto y cantaban con tanta fuerza que, confundida con las de ellos, apenas se oía la débil voz de la dolorida Magda. Melancólica dejó vagar su mirada por el perro que dormía tendido al sol y el camino que se extendía monótono, blanco. Y la mirada se perdió en el azulado confín de aquel camino largo, interminable, que cruzando campos guiaba á la mísera casa en que vivía. Quizás miraba con tanta fijeza el blanco

sendero porque era el camino de la estación... Dios tuvo piedad de la triste Magda; aquel día no miró en vano. Lejos, muy lejos, creyó adivinar un hombre que se acercaba. Protegiéndose los ojos con la mano puesta sobre las cejas á guisa de visera, esforzóse para ver y conocer. Imposible distinguir, pues el sol la cegaba: pero Lysek, el perro, despierta, levanta la cabeza, echa débiles ladridos, husmea el aire, y mira hacia el largo camino. Magda cree oír los acentos de sabida y amada canción. De un salto Lysek lánzase al encuentro del hombre que llega. Magda palidece.

—¡Bartek! ¿será Bartek?

Se levanta sorprendida y las patatas caen y ruedan por el suelo. No cabía duda; Lysek saltaba de alegría al rededor de su amo.

Magda grita con todas sus fuerzas:

—¡Bartek! ¡Bartek!

—¡Magda! ¡Soy yo! contestó el hombre echando á correr.

Abre la cerca, cruza saltando la huerta y temblando de emoción cae en brazos de su esposa.

La mujer le hablaba conmovida, incoherente.

—¡Ah! ¡y decían que no volverías! ¿Sigues bien? ¡Entrate en casa! ¡Franck es á la escuela! ¡Ahora los maestros son alemanes!



¡Está bueno, pero abre los ojos y mira fijo como miras tú! ¡Cuán necesaria era tu llegada: somos pobres, muy pobres! ¡la casa se hunde! ¿Sigues bien de salud? ¡Bartek, Bartek! ¡Deja que te mire otra vez! ¡Estoy harta de padecer! Los Chermienistki me han socorrido. Pero... ¡Dios mío! ¿Estás bueno? ¡Cuán feliz soy volviendo á verte! ¡Cuán feliz soy! ¿Es éste mi Bartek? ¡No acierto á creer tanta dicha!... pero ¡Virgen Santa!... ¿qué tienes? ¿qué es esto?

Magda acababa de fijarse en una cicatriz que cruzaba la cara de su esposo desde la sien derecha al labio superior.

—¡No es nada! La debo á un coracero á quien di su merecido. Estuve en el hospital.

—¡Jesús!

—No tuvo importancia.

—Estás delgado que pareces un esqueleto.

—¡*Ruhig!* tranquilízate contestó Bartek.

Su rostro moreno y herido le daba el aspecto de legendario héroe. Pero las piernas se negaban á sostenerlo.

—Bartek, ¿qué te pasa? ¿Estás ebrio?

—No, estoy débil, nada más que muy débil.

Estaba débil, pero también ebrio. Una copita de aguardiente bastaba para embiagarlo. De la estación á su casa había bebido cuatro copas. En la guerra adquirió vicios que antes no le afeaban.

—¡*Ruhig!* repetía, ya pasó la guerra. Ahora soy un señor, ¿comprendes?... ¡Admira! y le enseñó la cruz y las medallas. ¿Sabes qué deseo? *Links! Rechts! Heu! Stroh!* ¡Alto! (¡A la derecha!... ¡A la izquierda! ¡Heno! ¡paja!) Con tal fuerza y en voz tan recia pronunció el ¡Alto! que la mujer retrocedió asustada.

—¿Estás loco?

—Magda, *comment vas-tu?* El preguntarte *comment vas-tu?* quiere decir ¿sigues bien? ¡Ah! pero tú, pobre mujer, no sabes francés. *Musyu, Musyu!* ¿qué imaginas es un Musyu? Pues soy yo, ¿sabes?...

—Pero ¿qué te pasa?

—Y á ti ¿qué te importa? ¿*Was?* ¡trae la comida! ¿oyes?

En la cabeza de Magda ardían múltiples ideas.

—¿Qué país habitaste? ¿no entiendes el polaco? ¡Cuánto has cambiado! Con razón



¡Pégame, corta mi cabeza, conviértete en asesino! dijo Magda desbrochándose el cuello del vestido...

temblaba por ti. ¿Qué te han hecho? ¿quieres comer? ¡Marchen! ¡A casa!

Las voces de mando causaban en Bartek viva impresión. Al oír: ¡Marchen! se levantó, dejó que sus brazos colgaran á lo largo de su cuerpo enderezado, rígido; dió media vuelta y marchó en la dirección indicada.

Andando miró á Magda.

—¿Qué haces, Magda? ¿qué haces? ¡Adelante! ¡Marchen!

Entróse en la casa triste y pobre. El aguardiente se le subía á la cabeza y acabó por perder la razón. Cantando recorrió la casa buscando á su hijo, que estaba en la escuela, y de vez en cuando exclamaba: ¡Hijo, hijo querido! Reía, cantaba y gritaba: ¡Victoria! hasta que vencido por la embriaguez tendióse en el lecho y durmió.

Por la tarde levantóse más tranquilo y libre la inteligencia de los efectos del aguardiente. Abrazó á Frank, y tomando de



los míseros ahorros de Magda algunos *pfen-nigs* salió y encaminose á la taberna.

Su llegada y hechos heroicos eran en Poguembín de todos conocidos. Soldados, llegados antes que Bartek, explicaban con admiración las proezas del héroe de Gravelotte y de Sedán.

Al saberse que Bartek el Victorioso estaba en la taberna, sus antiguos camaradas acudieron presurosos á admirarle y felicitarle. Bartek sentóse junto á una mesa. Era imposible reconocerlo; aquel hombre antes tan pacífico y amable hablaba recio, daba puñetazos á la mesa, juraba como un alemán y bebía como dos.

—¿Recordáis, hijos míos, la paliza que propiné á los franceses y lo que me dijo el general Steinmetz?

—Lo recordamos perfectamente.

—Hay quien elogia á los franceses, pero es un pueblo débil. ¿*Was?* Yo me los comía crudos. Huyen como liebres, y no beben cerveza sino vino, solo vino!

—¿Es posible?

—Cuando incendiábamos un pueblo, mujeres y viejos de rodillas, extendidas hacia nosotros sus manos suplicantes, gritaban: ¡*Pits!* ¡*Pits!* (1) (*ipitié!* *ipitié!*) (2). En su lengua no significa lo que nosotros entendemos sino: ¡perdónanos! ¡no nos mates!... Y nosotros nos burlábamos de sus lamentos.

—¿Acaso no les entendíais? preguntó un joven.

—Tú no los entendieras, porque tú eres un... estúpido; pero yo los comprendo perfectamente: *Done di pen?* (¿esto es francés!) ¡Vamos á ver! ¡traduce!

—¿Qué significa?

—Dejémoslo. ¿No habéis visto París? Cada día se libraban encarnizados combates, y siempre vencíamos. Los franceses carecían de jefes inteligentes. Dicese que generales y oficiales son ineptos.

Matsyei, sabio anciano y habitante de Poguembín, dijo meneando la cabeza:

—Los alemanes han vencido en la lucha terrible, y nosotros hemos cooperado á su triunfo: ¿qué beneficios reportará á nuestra patria la victoria del imperio alemán? ¡Dios lo sabe!

(1) En polaco significa beber.

(2) ¡Piedad! ¡piedad!

Bartek clavó su mirada en el rostro del anciano.

—¿Qué decís?

—Los alemanes apenas se acordaban de esta infeliz nación polaca, pero ahora después de la victoria levantarán la cabeza orgullosos, altivos, cual si Dios no existiera. A fuerza de insultos sabrán degradarnos; y testigo de mi aserto es lo que en Poguembín presenciemos.

Era tal la consideración, tan absoluta la confianza que los hombres de Poguembín tenían al viejo Matsyei Kyerz, que se creyera insultarlo el dudar de su palabra. Pero Bartek el Victorioso, envanecido por sus hechos preclaros, creíase un ser superior. Al verle dispuesto á cuestionar con el sabio anciano sus compañeros intentaron disuadirle.

—¿Osarás contestar á Matsyei? ¿Qué intentas decirle?

—¡Y qué me importa Matsyei! ¡Acaso no he hablado con quien vale cien veces más que él! ¡He hablado con Steinmetz!... ¿*Was!* Matsyei miente. Afirmo que desde ahora Polonia progresará, que todo irá mejor.

Matsyei, mirando con aspecto tranquilo al Victorioso, le dijo:

—¡Pero tú eres un estúpido!

Bartek dió sobre la mesa tan tremendo puñetazo que danzaron vasos y botellas.

—¡Cállate! ¡*des Karl da!* ¡*Heu!* ¡*Shoh!* ¡Soldados! ¡Fuego!!!

—Calma, hombre, calma, no armes tanta bulla, dijéronle algunos bebedores; el tiempo dirá quién tiene razón.

—¿Quién es este viejo? ¿Tomó parte en reñidos combates?... ¡Yo, yo sí que he luchado y vencido! Afirmo, pues, que nos respetarán. ¿Quién ganó los combates? ¡Yo! Nada pueden negarme. Sería Par de Francia si hubiese querido serlo. El Gobierno sabe quien fué el que causó mayor daño á los franceses. Sabe que nuestro regimiento era el más valiente, y lo confirman relaciones escritas. Los polacos han ganado... seremos respetados y queridos... ¿entendéis?

Kyerz, moviendo la cabeza en señal de duda, levantóse y salió. Bartek había ganado la primera batalla política. Los jóvenes que le rodeaban mirábanlo con respeto como á futura esperanza de la patria.

Bartek prosiguió:



—A no contar conmigo, sabe Dios cuando el Gobierno hubiera acabado la guerra. El viejo Kyerz está loco. El Gobierno nos mandó combatir: yo luché y vencí.

Luego mostrando su cruz y sus medallas exclamó:

—¿Qué significa cuanto ostento? ¡Soy más, mucho más que un alemán, pues no hay alemán que tenga las que yo! He hablado con Steinmetz y Podbielski... ¡Venga cerveza!...

Los demás, prontos á beber, se acercaron á la mesa cantando:

¡A beber! ¡á beber! hasta ver  
los bolsillos sin *thalers*.

Y Bartek sacando del suyo un puñado de pfennigs, gritó:

—¡Bebed! ¡soy rico! ¡Qué! ¿no lo tomáis?

—No; es dinero francés: quemaría nuestras manos: Dios sabe de donde procede... ¡quizás de... franco-tiradores!

Los rostros de los bebedores azás alegres cambiaron súbitamente al ver que Bartek lloraba diciendo:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡tened piedad de mi alma pecadora!

Apoyando los codos en la mesa, escondió el rostro entre sus manos y calló.

—¿Qué tienes? preguntó un compañero.

—¡Me pesa! murmuró Bartek. Pero ¿acaso fui yo quien les hizo prisioneros? ¡Cuánto padecí por ellos! ¡Eran polacos! ¡Señor, misericordia! Uno era robusto y moreno, el otro pálido, delgado como una niña... Al despuntar la aurora del siguiente día les cubrió la tierra indiferente... y eran jóvenes y podían vivir largos años... ¡Aguardiente! ¡traed aguardiente!

Reinaba profundo silencio, los hombres se miraban asombrados:

—¿Qué ha dicho?

—¡Será la voz de la conciencia que le reprende crímenes antiguos! contestó uno.

—Cuando un hombre ha ido á la guerra debe beber, refunfuñó Bartek.

Y bebió aguardiente una, dos, tres copas, y renació la perdida alegría y gritando preguntaba:

—¿Quién habló con Steinmetz? ¡Yo! ¡Victoria! ¡á beber! ¿Quién paga? ¡Yo!

—¡Tú pagarás, borracho! gritó la voz de Magda. ¡Tú pagarás, desgraciado!

Bartek clavó en la recién llegada sus ojos.

—Dime ¿hablaste con Steinmetz? ¿Quién eres?

Y la infeliz mujer dirigiéndose á los hombres se lamentaba diciendo:

—¡Dios mío! vosotros sois testigos de mi vergüenza y de mi desgracia. Vile llegar, henchido el corazón de alegría indecible, ¡y llegaba ebrio! ¡Se ha olvidado de Dios y de Polonia! ¡Llegó, acostóse y durmió! Hoy bebe malgastando mis escasos ahorros, mísero fruto de penoso trabajo. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Ya no es cristiano: es un hombre, un alemán, un bribón, un borracho, un demonio... es un...

La mujer lloraba.

—Antes era estúpido, pero bueno. Ahora ¡qué han hecho de mi antiguo esposo! De la mañana á la noche soñaba el feliz instante de su regreso. ¡Dios mío! ¡Qué desgracia! ¡Vuelve, vuelve á Alemania!

Bartek contestó indiferente:

—¡Tranquilízate! Ya saldaremos cuentas... Espera.

—¡Pégame, corta mi cabeza, conviértete en asesino! dijo Magda presentando la cabeza y desbrochándose el cuello del vestido. Luego dirigiéndose á los hombres añadió:

—¡Y vosotros contemplad impasibles sus hazañas!

Estos empezaron á desfilas. Al breve rato la taberna quedó vacía. Bartek al lado de su esposa, y ésta inmóvil inclinada la cabeza y desnudo el cuello.

—¿Por qué extiendes tu cuello desnudo? dijo Bartek... ¡A casa!...

—¡Mátame! ¡corta mi cabeza!

—¡No, no quiero cortarla! y metióse las manos en los bolsillo.

Deseando acabar esta escena, el tabernero apagó la última luz, y en la triste oscuridad oíase la voz de Magda repetir entre gemidos:

—¡Corta mi cabeza!

Y Bartek que orgulloso contestaba:

—¡No, no quiero cortarla!

Vagamente iluminados por la pálida luz de la luna viéronse dos sombras, dos personas salir de la taberna. La primera era Magda, que lloraba y se lamentaba en alta voz. Tras ella silencioso, humilde y tambaleándose el vencedor de Gravelotte y de Sedán.



HERMOSA ESTAMPA DE  
NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

Impresa en papel mate y orlada con filete dorado, propia para ser distribuidas en las presentes funciones del mes de Julio.

Se venden á 3 pesetas ciento, y 25 el millar. En paquete certificado, 25 céntimos más.

Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.

LA VENGANZA DE UN ÁNGEL

Novela por D. Modesto Hernández Villaescusa.—Un tomo en 8.º mayor, 3 ptas. en tela. Por correo, 25 céntimos más.

BIBLIOTECA DEL ENFERMO

Complicación de lecturas é instrucciones para el hogar católico, por Baltasar Vélez V., Pbro.—Consta de seis tomos en 8.º, 9 ptas. en rústica. Por correo, certificado, 10.

ALEGATO

en defensa de la libertad de la vida Religiosa, por el Ilmo. Sr. Dr. D. José Torras y Bages, obispo de Vich.—Edición de propaganda, á 15 cénts. ejemplar, y 10 ptas. el ciento.

INSTRUCCIÓN Y DEVOTOS EJERCICIOS

PARA GANAR LA INDULGENCIA DEL SANTO JUBILEO

conforme á las prescripciones del Sumo Pontífice, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—A 10 cénts. ejemplar. Tomando diez se dan dos gratis.

Para los pedidos dirigirse á don Miguel Casals, *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona.

HOMEOPATÍA

Cajas, carteras, botiquines, desde 6 á 500 pesetas. Obras de Homeopatía de todos los autores: Tinturas, trituraciones, glóbulos, diluciones y todo lo relacionado al sistema. Única Farmacia Homeopática aprobada por la Academia Médico-Homeopática. Calle Santa Ana, 5.

MÁQUINAS PARA COSER

CRUZ CONMEMORATIVA DEL AÑO SANTO

PARA SER COLOCADA EN LAS IGLESIAS

Para facilitar á los señores Sacerdotes, Eónomos, Párrocos de iglesias ó capillas, y á las Comunidades religiosas, la adquisición de esta Cruz, el Comité Internacional encargó á un distinguido artista el dibujo de un modelo que podemos llamar *oficial*, igual al que reproducido publicamos y el cual se ha hecho grabar al tamaño de unos 20 centímetros de diámetro. Tiene agujeros á propósito para,



mediante tornillos ó clavos, fijarla en la pared.

El precio varía según el metal.  
Cruz de metal blanco. . . . . Pts. 5  
Cruz de bronce. . . . . » 8  
Cruz de plata aluminio. (Mezcla inalterable compuesta de plata, aluminio, estaño, etc.). . . » 9  
Cruz de bronce dorado. (Hermoso metal inoxidable, compuesto de aluminio, zinc, cobre, etc.). . . . . » 10

Se remite franco de porte en paquete postal, añadiendo 1'25 pesetas más, indicando la estación del ferrocarril donde se tiene que enviar, pues no puede ir por correo. Pueden ir dos cruces en un solo paquete, y si son de aluminio hasta cuatro.

El importe debe remitirse anticipado, pudiendo ser en letra, libranza ó sellos, certificando la carta en este último caso.

Dirigirse á D. Miguel Casals, *Librería y Tipografía Católica*, calle del Pino, 5, Barcelona.

Se ha repartido á los señores subscriptores el SEPTIMO CUADERNO del

AÑO SACRO

ó lecturas y ejercicios para las principales festividades del Calendario cristiano, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.

Contiene: El Mes de María (conclusión).—Recuerdo de Mayo.—Antes de Pentecostés.—Deprecación piadosa para pedir al Espíritu Santo sus siete dones.—Novena al Espíritu Santo.—Pentecostés ó Pascua del Espíritu Santo.

Numerosos grabados intercalados al texto entre los cuales merecen especial mención varias reproducciones de los mejores cuadros que de la Virgen Maria guardan los Museos italianos, y una lámina suelta, hermosa reproducción de célebre cuadro alemán que representa: *La Venida del Espíritu Santo*.

El precio de subscripción á toda la obra es de siete pesetas. El que se subscriba y pague por adelantado diez ejemplares, recibe dos gratis, ó sean doce ejemplares en cada reparto. Puede también hacerse la subscripción en dos pagas, ó sea 3'50 ptas. para el primer tomo, y las otras 3'50 restantes al empezar la publicación del segundo tomo.

Dirigirse á D. Miguel Casals, *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona, y en casa de los señores Corresponsales de la misma.

NOTA.—El precio de la obra terminada la impresión será para los no subscriptores 8 pesetas.

Prospectos gratis á quien los pida.

MÁQUINAS PARA COSER Y HACER MEDIAS.

LOS MEJORES SISTEMAS CONOCIDOS.

Vende á plazos.

DA TRABAJO TODO EL AÑO.

Cambia, compone y enseña gratis á domicilio.

SALVADOR TORRAS, calle de Sta. Ana, 2, pral. (esquina Rambla)  
Se hacen y componen medias y calcetines. Colores sólidos.

Y HACER CALCETA.—MARCA ESTRELLA

AL DETALLE, HOSPITAL, 110, BARCELONA

POR MAYOR, TALLERES EN BADALONA

Colección completa de LAS MISIONES CATÓLICAS.—Los ocho tomos publicados forman un total de cerca de 4,000 páginas, en folio, y 1,200 grabados y véndense al ínfimo precio de 63 PESETAS.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona